



PREPARACIÓN PARA LA CONSAGRACIÓN

Querido hermano o hermana:

Vamos a dar el primer paso de este camino, que hoy emprendemos juntos, tomando conciencia de nuestro punto de partida:

Estamos en el seno de la Trinidad; estamos en el regazo del Padre que nos mira complaciéndose ya por lo que va a ir modelando en nosotros a lo largo de estos días; estamos tomados de la mano de Jesucristo que nos invita a conocerle más y mejor, poniendo al descubierto su Corazón con el deseo de que nos dispongamos a entrar en su intimidad; estamos siendo envueltos por la luz y el calor del Espíritu Santo que, como en una fragua, va a ponernos en disposición de poder ser trabajados; y estamos al cuidado del corazón de María que nos guía como una estrella en la oscuridad.

Todo nuestro peregrinar lo vamos a hacer en oración. Las sencillas meditaciones, que compartiremos a lo largo de estos 30 días, no pretenden enseñarte cosas, sino acompañar tu encuentro **de corazón a Corazón con Jesucristo**. Por eso te sugerimos que busques, a lo largo de este mes, tu momento de la jornada para estar con Él. Lo mejor sería tener nuestro encuentro ante un Sagrario, donde el palpitar del Corazón de Cristo se escucha alto y claro. También podemos buscar un lugar de soledad como nos sugiere el Evangelio: «entra en tu cuarto, cierra la puerta, y allí ora en lo secreto» (Mt 6:6). Si esto no es posible, el Señor -tan bueno- se adaptará a nuestro paso y nos saldrá al encuentro por el camino en medio de nuestras actividades cotidianas, como hizo con los dos de Emaús.

Ojalá sean unos días intensos, en los que lo escuchado (o leído), no se limite a esos minutos, sino que envuelva todo nuestro día como una música de fondo que queda resonando. Para esto nos propondremos un **propósito** y una **jaculatoria** diaria. Son medios muy sencillos, pero muy sabios. Ya los utilizaban los antiguos padres del desierto. Nos ayudarán a mantener la mirada del corazón fija en la meta y a avivar el fuego de esa fragua en la que el Espíritu Santo va a hacer su obra. El propósito nos ayudará a poner el foco en una meta concreta para que cuando, como un arquero, disparemos la flecha de nuestra voluntad sepamos hacia dónde dirigirla. La jaculatoria, que es una sencilla frase que podremos repetir como si fuera un «grito de guerra», nos hará mantener la tensión de nuestro arco para animarnos, para superar momentos más bajos, para recordarnos el sentido de cada vivencia.

No queremos dejar de darte la enhorabuena por estar aquí, colocándote y disponiéndote en esta «línea de salida». Seguro que ya te has dado cuenta de que no estás aquí por una iniciativa que haya partido de ti; no, ¡Él siempre nos precede! Él nos ha amado primero y lo que nosotros estamos haciendo es responder.

Nos cuenta el Evangelio que, cierto día, un joven corrió a ponerse a los pies del maestro (Mc 10, 17-30). Era un joven con deseos de más, un hombre que intuía que su corazón estaba hecho para grandes ideales. Nosotros hoy también corremos para echarnos a los pies de Jesucristo y preguntarle como lo hizo este hombre: «Maestro, ¿qué tengo que hacer?»

Seguro que ya hacemos muchas cosas, pero queremos más: conocerle más, seguirle más, amarle más... Jesús nos va a mirar con cariño, nos amará con su mirada, y nos va a contestar. No lo dudes: Él nos va a decir qué es lo que tiene que ser revelado en nosotros para que su imagen sea cada vez más real y perfecta.

Sí, lo sabemos: por el bautismo ya estamos consagrados a Dios. ¡Eso es algo grandioso! Por nuestro bautismo ya somos templos de la Santísima Trinidad; entonces, ¿para qué hacer una nueva consagración? ¿para qué renovarla en caso de ya haberla hecho?

A estas preguntas responde nuestro corazón cuando dejamos que haga lo que le es más propio: amar.

Como nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*, número 11, la inteligencia sola no puede dar respuesta a veces. Tenemos que apreciar lo que nuestro corazón tiene que decir si no, *«perdemos el encuentro con los demás, perdemos la poesía. Y nos perdemos la historia y nuestras historias, porque la verdadera aventura personal es la que se construye desde el corazón. Al final de la vida contará sólo eso»*.

Nuestro corazón sabe que tiene sentido crear ataduras cada vez más sólidas y estables. Lo sabe y lo necesita. Que se lo pregunten al alpinista que escala una montaña. Cada vez que afianza un nuevo mosquetón, cada vez que un nuevo anclaje le amarra en su camino de ascenso a la cumbre, experimenta la certeza y la alegría de saberse más cerca de coronar su hazaña.

Ya estamos plenamente consagrados por el bautismo, pero consagrarnos al Corazón de Jesús, nos ancla a este baluarte firme, nos da la certeza de que, comprometiéndonos a vivir en su Corazón, de los sentimientos de su Corazón, se cumplirá el que Él vaya tomando forma en nosotros (Rom. 8,29). Cuando esto sea una realidad se habrá cumplido el plan del Padre en nosotros.

Si hemos llegado hasta aquí, es porque verdaderamente estamos dispuestos a responder al amor de Cristo y, por eso, la consagración para la que nos estamos preparando tiene que tener unas consecuencias reales en nuestra vida.

El estilo de vida de quien se consagra al Corazón de Jesús tiene que estar marcado por este amor en el que le vemos arder. Implica intentar vivir una respuesta a ese amor con una intensificación de vida interior. Por tanto, nuestra mirada a Jesús se coloca en el centro del misterio del Señor, nuestra contemplación se fija en la misma raíz de cuanto Jesús dice y hace, y nuestro propósito fundamental es intentar imitar la actitud interna del Señor Jesús, conscientes de que esto traerá consigo un comportamiento a imagen del suyo, que nos convierte en cauces para que su reino llegue a este mundo. Si nos consagramos al Corazón de Jesús es para que Él sea el rey de nuestra vida, de nuestra familia, de nuestras relaciones, de nuestros estudios, de nuestro trabajo, de nuestras empresas...

Tenemos por delante 30 días de tratar de ponernos a los pies de Jesús y, según vayamos mirándole a los ojos, tratando de conocer sus sentimientos, escuchando sus palabras, contemplando sus obras... iremos entendiendo qué es lo que espera de nosotros con esta consagración. Nunca será una orden, sino una propuesta, un reto, un desafío... A lo largo de este camino te animamos a que vayas recogiendo esas intuiciones para ir elaborando tu respuesta. Tu respuesta la puedes concretar en una fórmula de consagración personal con la que fijar tu vida al Corazón de Cristo.

Te invitamos a ponerla como ofrenda ante su altar al finalizar este tiempo de preparación. Elige una fecha y dale este gozo al Corazón de Jesús. Esto será un consuelo, una reparación y un gesto de amor que agradará mucho al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y podemos estar seguros —lo sabemos por experiencia—, de que Jesucristo, tal como lo ha prometido, no dejará de cumplir su parte de la alianza: tomará tu corazón, tantas veces duro como la piedra, y te dará un corazón de carne, cada vez más capaz de amar con un amor como el suyo.

Así se lo revelo a santa Margarita María hace 350 años cuando le decía que su designio era *«el de manifestar su Corazón a los hombres, con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracias, de santificación, y de salvación que contiene, a fin de que cuantos quieran rendirle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que puedan, queden enriquecidos abundante y profusamente con los divinos tesoros del Corazón de Dios»* (Segunda revelación).

En esta aventura no estás solo. Somos muchos los que deseamos formar parte de esa humanidad nueva, capaz de amar y servir, y que solo es posible si nos ponemos bajo *«la herida del Costado de Cristo de donde sigue brotando ese río que jamás se agota, que no pasa, que se ofrece una y otra vez para quien quiera amar»* (Papa Francisco, *Dilexit nos n. 219*). Estamos unidos en la oración. ¡Cuenta con ello! Pero, sobre todo, siéntete amparado por el calor del Inmaculado Corazón de María que, al pie de la cruz, como madre buena, nos sostiene cuando vacilamos para que podamos seguir acogiendo el don del infinito amor del Corazón de Cristo.

Día 1. Nuestro corazón creado para la alianza

Oración a la Trinidad:

Padre todopoderoso, tú mismo me has modelado, conoces bien mi masa y te acuerdas de que no soy sino barro. Te pido que, con la fuerza de tu Espíritu Santo, sigas trabajando cada día mi corazón hasta que sea, como tú lo soñaste, a imagen y

semejanza del corazón de tu Hijo Jesucristo.

Meditación:

Como punto de partida de este camino que comenzamos hacia la consagración al Corazón de Jesús, dirigimos la mirada a nuestro propio corazón para tomar conciencia de cómo es aquello que deseamos entregarle al Señor.

Escuchemos la palabra de Dios en el libro del Génesis:

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo. (Gn 1, 26s)

Desde las primeras páginas de la Biblia, el Señor ya deja entrever cómo es. Se presenta como el señor del universo, el todopoderoso, el que crea de la nada, pero también se muestra como Dios amor: un Dios que ama, única razón que le lleva a realizar la obra magna de la creación. Por eso dice santo Tomás de Aquino: «Abierta tu mano con la llave del amor, surgieron las criaturas» (Santo Tomás de Aquino Cf. Sent. 2, Prol)

¡Cuánto bien nos hace imaginar esa mano abierta, esa mano que, millones de años después, aparecerá crucificada en un madero y resucitada con una llaga que jamás se podrá cerrar y de la que brotará su Espíritu...!

El todopoderoso toma la función de alfarero, coge en su mano un poco de tierra rojiza, virgen, inmaculada y, con inmensa ternura, empieza a moldearla...y cuando ya ha impreso su ser en ella, le da la vida insuflándole su Espíritu que es un aliento de amor.

El Papa Francisco en la *Dilexit nos*, escribe:

Si en el corazón reina el amor, una persona alcanza su identidad de modo pleno y luminoso, porque cada ser humano ha sido creado ante todo para el amor, está hecho en sus fibras más íntimas para amar y ser amado (número 21).

Aun cuando uno experimente el gusto de haber vislumbrado algo de la verdad, eso necesita encontrar su culminación en el amor. Amando, la persona siente que sabe por qué y para qué vive. (...) Por eso, frente al propio misterio personal, quizás la pregunta más decisiva que cada uno podría hacerse es: ¿tengo corazón? (número 23).

A la luz de esta enseñanza, debemos reconocer y creer que la plenitud de nuestra identidad nos la da el amor, el ser personas creadas para el amor, para la comunión y donación en el amor. ¿Buscamos nuestra “realización”? Aquí está la clave, por mucho que la mentalidad de este mundo pretenda vendernos otros eslóganes.

La naturaleza humana, en su esencia más profunda, consiste en amar. En definitiva, una sola tarea es confiada a todo ser humano: aprender a querer, a amar sinceramente, auténticamente, gratuitamente. Pero sólo en la escuela de Dios esta tarea se cumple y el hombre puede alcanzar el fin para el que ha sido creado. «El arte de las artes es el arte del amor... El amor es suscitado por el creador de la naturaleza. El amor es una fuerza del alma, que la conduce como por un lugar natural al lugar y al fin que le es propio» (Guillermo Saint Thierry. *La natura e la dignità dell'amore*). Aprender a amar requiere un largo y comprometido camino. Una etapa importante de él puede ser este que ahora estamos empezando: el «Creced y multiplicaos». Hoy nos ha enseñado que solo hay

una forma de crecer: amando. Este es el mandamiento -como dice san Juan- que oímos desde el Principio: «que caminéis en el amor». Esta será la petición de su Hijo poco antes de entregar la vida en la cruz: «Amaos como yo os he amado», y para aprender cómo hacerlo necesitamos fijar los ojos en su corazón.

Propósito:

Corazón de Jesús, enséñame a vivir este día buscando en todo la unión con Dios, viendo en lo que sucede su amor para conmigo y devolviéndoselo en amor y donación hacia los demás.

Jaculatoria:

Jesús, lleno de bondad y amor, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 2. Misterio de ingratitud

Oración a la Trinidad:

Padre lleno de paciencia y misericordia que, a pesar de haberme amado personalmente desde toda la eternidad, muchas veces no encuentras en mí más que desconfianza e ingratitud, concédeme tu Espíritu Santo, para que me enseñe a amarte, bendecirte y darte gracias por tantos dones que recibo cada día de tu bondad.

Meditación:

Es un gran misterio el que, habiendo sido el hombre la criatura más bendecida por Dios, sea también la más ingrata de toda la creación. Nos dice el Señor a través del profeta

Oseas:

Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: sacrificaban a los baales, ofrecían incienso a los ídolos. Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y no reconocieron que yo los cuidaba. Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. (Os 11,1-4)

Es conveniente caer en la cuenta de nuestra falta de gratitud ante el amor infinito de Dios por cada uno de nosotros, y para ello es bueno repasar cuántos y cuán grandes regalos hemos recibido de Él a lo largo de la vida. Desde el mismo hecho de nuestra venida a la existencia, el ser sostenidos cada día en ella; por supuesto el don de la fe; nuestros familiares, amigos y seres queridos; con frecuencia el haber conocido a personas que nos educasen en ese trato y conocimiento de Dios; tantos bienes materiales... Y tantas otras gracias celestiales, percibidas o no, que van dejando en el corazón del hombre la certeza de la cercanía de Dios a su alma, y el deseo insaciable de conocerle y amarle cada vez más.

Y ante tantos dones debemos preguntarnos: ¿cómo estamos respondiendo? Si el hombre mira sinceramente en su interior, a menudo tendrá que reconocer que su respuesta al amor de Dios ha sido ignorarlo, olvidarlo o, en el mejor de los casos, cederle solo una pequeña parcela de su vida, pero no dejándole ser su centro, como es en verdad. El hombre de hoy y el de todos los tiempos es como el pueblo de Israel, el pueblo elegido, que cuanto Dios más lo llama, más se aleja de Él.

Pero ante esa falta de gratitud, Dios no nos da la espalda, no nos abandona ni nos retira sus gracias y su amor. Al contrario: Él responde a nuestra frialdad enviándonos a su mismo Hijo, a la Palabra hecha carne, para que él nos ayude a comprender la grandeza del amor del Padre viendo en su rostro la misericordia encarnada. Como dice san Juan: «En esto se ha manifestado el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él». (1Jn 4,9)

Es real, como nos enseña el Papa Francisco, que, a pesar de haber recibido tantas pruebas de amor, nos falta «la estremecida gratitud por la amistad que Cristo ofrece y por el sentido último que da a la propia vida».

Es un inmenso consuelo el hecho de que sabemos cuál es el remedio para esta carencia y así nos lo enseña en su encíclica *Dilexit nos*:

Estas enfermedades tan actuales, de las cuales, cuando nos hemos dejado atrapar, ni siquiera sentimos el deseo de curarnos, me mueven a proponer a toda la Iglesia un nuevo desarrollo sobre el amor de Cristo representado en su Corazón santo. Allí podemos encontrar el Evangelio entero, allí está sintetizada la verdad que creemos, allí está cuanto adoramos y buscamos en la fe, allí está lo que más necesitamos (número 89).

La gratitud genera alianza, por eso es tan importante no dejarnos enredar por esa tela de araña que trata de paralizar nuestra capacidad de elevar los ojos y mirar al que nos da todo en su Hijo. Es fundamental que aprendamos a contemplar en el evangelio lo bueno que es Jesús y cómo le duele en el corazón la falta de gratitud. Recordemos a los leprosos curados cuando pregunta: «¿No han quedado curados los diez?; los otros

nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?» (Lc 17,17-18) O también como le duele ver que el pueblo elegido no le reconoce como el Mesías enviado por el Padre, y llega incluso a conmoverse y llorar ante la ciudad santa de Jerusalén, exclamando: «¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz!» (Lc 19,42) Recordemos que, como nos enseña el Catecismo: «Jesús, durante su vida, su agonía y su Pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha entregado por cada uno de nosotros. Nos ha amado con un corazón humano».

Ojalá la consagración para la que nos preparamos sirva para devolver amor a cambio de tanto amor.

Propósito:

Jesús, ayúdame a meditar hoy sobre mi historia, meditar en tantos beneficios recibidos y a darte gracias sin cesar con todo mi corazón.

Jaculatoria:

Jesús de corazón lleno de gratitud, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 3. Corazón fragmentado

Oración a la Trinidad:

Padre, fuente de unidad, en cuyo seno tengo mi origen y mi destino último, y que me has dado a Jesús como camino que me conduce a ti; te suplico que, por la acción del Espíritu Santo, unifiques todas mis potencias, deseos y acciones en el Corazón de Cristo, para que pueda consagrarme a Él con un corazón entero e indiviso.

Meditación:

Muchas veces nos confunde la sociedad en la que vivimos. No es tan distinta de aquella Babel de la que nos habla el libro del Génesis:

Se dijeron unos a otros: «Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos al fuego». Y emplearon ladrillos en vez de piedras, y alquitrán en vez de argamasa. Después dijeron: «Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo, para hacernos un nombre, no sea que nos dispersemos por

la superficie de la tierra». [...] El Señor los dispersó de allí por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad». (Gn 11, 3 - 4. 8)

Cada vez somos capaces de más cosas, la ciencia y la tecnología avanzan de un modo vertiginoso... Y cada vez nos entendemos menos y estamos más lejos unos de otros, aunque podamos intercambiar comunicaciones de todo tipo en pocos segundos. ¡Es tan distinto al deseo que el Corazón de Cristo expresó al Padre en la Última Cena: «¡Que todos sean uno, como tú, Padre en mí y yo en ti!»! (cf. Jn 17, 20ss)

Hemos de reconocer que, en el Corazón de Jesús, en su forma de relacionarse con el Padre y con los demás, ¡todo es distinto! En el Corazón de Jesús vive el Espíritu Santo que se derramó en Pentecostés, por eso allí cada uno «los oía hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua». (cf. Hch 2, 11)

Mirando a Jesús es fácil comprender que la falta de entendimiento que existe entre los hombres, la que cada uno experimentamos a veces incluso dentro de nosotros mismos, no es un castigo de Dios sino fruto de nuestra ruptura interna. No podemos echarle la culpa a Él de lo que no es más que la consecuencia lógica de no vivir para lo que hemos sido creados, es decir, para el amor. Solo desde ahí, desde ese centro unificador, podemos cada uno descubrir la verdad de lo que somos y, por tanto, relacionarnos.

De esto es de lo que nos habla el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*:

El corazón hace posible cualquier vínculo auténtico, porque una relación que no se construya con el corazón es incapaz de superar la fragmentación del individualismo. Sólo se mantendrían en pie dos mónadas que se juntan pero que no se conectan realmente. Anti-corazón es una sociedad cada vez más dominada por el narcisismo y la autorreferencia. Finalmente llegamos a la “pérdida del deseo”, porque el otro desaparece del horizonte y nos encerramos en nuestra mismidad, sin capacidad de relaciones sanas. Por consiguiente, nos volvemos incapaces de acoger a Dios (número 17).

¿No es esto lo que experimentamos cuando nos encerramos en la búsqueda de nuestros propios intereses, en el afán de la inmediatez, de la eficacia, cuando nos empeñamos en quedar por encima pensando que así llegaremos más alto. En definitiva, cuando nos ponemos a construir una torre para alcanzar la propia felicidad, sin contar con Dios?

Nos sentimos dispersos en pedazos y llenos de inquietud, sin saber muy bien quiénes somos y sin fuerzas para abrazar el Evangelio, aunque sabemos muy bien que solo junto a Cristo es donde encontraremos el sentido de la vida. Experimentamos que la voluntad que defiende el interés personal oscurece el conocimiento, y el conocimiento debilitado no es capaz de fortalecer la voluntad, y nos preguntamos: ¿Dónde está la fuerza que lleva hacia lo alto nuestra voluntad? (Benedicto XVI, Discurso a la curia romana 22/12/2011). Jesús nos lo ha mostrado viviendo treinta años en Nazareth, eligiendo como discípulos no precisamente a los más capaces, «perdiendo el tiempo» enseñando con calma... y llegando al colmo de la ineficacia y del desprecio muriendo en la cruz.

Esta lengua nueva sólo se puede entender desde el corazón: aquí sentimos renacer el anhelo de tener relaciones auténticas, de comunión, que alimentan el deseo de amar y de ser amados con el que hemos sido creados.

Que la alianza que queremos establecer con el Corazón de Jesús mediante nuestra

consagración nos ayude a renunciar a todas esas mentiras que nos ofrecen falsas seguridades, y que poco a poco rompen nuestra condición de hijos confiados que lo esperan todo de Dios.

Propósito:

Ayúdame, Jesús, en este día, a unificar todas mis acciones y deseos en tu corazón. Que las cosas que hago no me roben el corazón, sino que todo sea contigo y para ti.

Jaculatoria:

Jesús, que amas con corazón indiviso al Padre y a los hermanos, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 4. La pérdida de sentido y orientación

Oración a la Trinidad:

Padre nuestro, Dios único y verdadero, que eres el principio, el fundamento y el fin de toda mi vida; te pido que tu Espíritu Santo grave en mi interior la certeza de que solo Tú das sentido a mi existencia y que también haga que mi corazón - al igual que el de Cristo - esté siempre orientado hacia ti.

Meditación:

El Corazón de Jesús no tiene otro deseo que amar y servir al Padre: ¡nada más lejos del pecado de idolatría, tal y como nos lo narra el libro del Éxodo!:

Viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar de la montaña, se reunió en torno a Aarón y le dijo: «Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, pues a ese Moisés que nos sacó de Egipto no sabemos qué le ha pasado». Aarón les contestó: «Quitadles los pendientes de oro a vuestras mujeres, hijos e hijas, y traédme los». Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro y se los trajeron a Aarón. Él los recibió, trabajó el oro a cincel y fabricó un becerro de fundición. Entonces ellos exclamaron: «Este es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto». Cuando Aarón lo vio, edificó un altar en su presencia y proclamó: «Mañana es fiesta del Señor». Al día siguiente se levantaron, ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios de comunión. El pueblo se sentó a comer y beber, y después se levantaron a danzar. (Éx. 32, 1-6)

Es sorprendente lo rápido que nos desviamos del camino que nos traza el Señor. Lo que sucedió al pueblo de Israel, de una manera quizá más sutil, es lo que nuestro corazón tiende a hacer continuamente. En cuanto nos dejamos dominar por lo que acontece a nuestro alrededor, surge la inquietud y pretendemos resolver los problemas a nuestro modo, como si realmente fuéramos capaces de encontrar soluciones a las dificultades, como si tuviéramos la posibilidad de darnos el sentido a nosotros mismos (CIC 397 y 398). Así, cuando perdemos el rumbo, nos encontramos fácilmente yendo detrás de falsos dioses que nos fabricamos con nuestras supuestas riquezas. Cualquier cosa nos resulta más tolerable que fiarnos de los mensajeros o mediaciones que Dios nos envía, y que nos fuerzan a tener que conservar la esperanza cuando nos parece que tardan en cumplirse sus promesas (*Spes non confundit*, n 3). La riqueza, el consumismo, cierto uso de las tecnologías... ¿No se convierten fácilmente en “dioses” a los que estamos dispuestos a sacrificar muchas cosas?

El Corazón de Jesús no es así. Es fácil entender que Él no cambia por nada el amor y la fidelidad al Padre. Desde el principio el Verbo estaba junto a Dios, y al final de su vida vuelve a poner su espíritu en las manos del Padre. Conmueve escuchar que Él no quiere hacer nada por su cuenta, que todo lo que Jesús hace es porque se lo ha visto al Padre. ¡Qué contraste con nuestro afán de autosuficiencia! Pero es que Jesús vive real y absolutamente dependiente de Dios, hasta el punto de que su alimento es hacer la voluntad del que le envió y llevar a término su obra. No hay otro deseo que empañe su determinación porque en su corazón no existen los ídolos, y así puede orientarse plenamente hacia el Padre en quien confía incondicionalmente; por eso no huye del sufrimiento y podrá abrazar su pasión. El Corazón de Jesús con su obediencia al Padre repara nuestra soberbia, nuestras cobardías e idolatrías, y viene a curar el daño que con ellas causamos.

No en vano suplica el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*:

Ante el Corazón de Cristo, pido al Señor que una vez más tenga compasión de esta tierra herida, que él quiso habitar como uno de nosotros. Que derrame los tesoros de su luz y de su amor, para que nuestro mundo que sobrevive entre las guerras, los desequilibrios socioeconómicos, el consumismo y el uso antihumano de la tecnología, pueda recuperar lo más importante y necesario: el corazón (número 31).

¿Cómo podremos recuperar el sentido auténtico de quiénes somos y para qué hemos sido creados? ¿Qué podemos hacer para echar el ancla de nuestra vida en el amor de su corazón?

Ojalá la consagración que estamos preparando nos ayude a ello.

Propósito:

Enséñame, Jesús, en este día a buscar hasta en los mínimos detalles lo que más te agrada, con la certeza de que tu corazón no es indiferente a nada de lo que me pasa.

Jaculatoria:

Jesús, con el corazón orientado a dar gusto al Padre, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén

Día 5. La Encarnación

Oración a la Trinidad:

Padre bueno, que al llegar a la plenitud de los tiempos quisiste que tu Hijo se encarnara en el seno de María Virgen, concédeme la luz de tu Espíritu Santo para que, penetrando en este misterio, pueda comprender que enviaste a tu Hijo al mundo para que, por medio de Él, podamos conocer el amor infinito que nos tienes.

Meditación:

Aunque el pasaje de la Anunciación es uno de los más conocidos del Evangelio, nos hará bien volver a escuchar lo esencial del anuncio del ángel a María:

«Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios». (Lc 1, 26-38)

Cada vez que recitamos el credo y hacemos así memoria de las verdades esenciales de nuestra fe, repetimos aquella afirmación «por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre». Y es que nos hemos acostumbrado ya a escuchar y repetir algo que, desde luego, es inaudito: «Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo,

pasando por unos de tantos». (Flp 2, 6)

El pueblo de Israel llevaba siglos esperando la llegada del Mesías que los profetas anunciaban, pero no podían imaginar cosa semejante. ¿Cómo Dios querría asumir la condición de su criatura? Impensable para nosotros, los humanos, pero inimaginable también para el resto de los seres creados, tal y como lo cantamos en la solemnidad de Santa María Madre de Dios:

«Al Hijo de Dios cantemos, ¡ay, gracia desenfadada! Ni los cielos sospecharon que el mismo Dios se encarnara» (Liturgia de las Horas, Tomo I, Solemnidad de Santa María Madre de Dios, Himno de Laudes.)

Y es que, verdaderamente, los planes divinos nos superan y trascienden, como nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*:

El Hijo eterno de Dios, que me trasciende sin límites, quiso amarme también con un corazón humano. Sus sentimientos humanos se vuelven sacramento de un amor infinito y definitivo. (...) La mirada dirigida al Corazón del Señor contempla una realidad física, su carne humana, que hace posible que Cristo tenga emociones y sentimientos bien humanos, como nosotros, aunque plenamente transformados por su amor divino. La devoción debe llegar al amor infinito de la persona del Hijo de Dios, pero necesitamos expresar que es inseparable de su amor humano, y para ello nos ayuda la imagen de su corazón de carne.²

Siendo Dios todopoderoso, omnipotente, eligió la encarnación que le llevaría, más tarde, a «someterse a la muerte, y una muerte de cruz», tal y como continúa el cántico de la carta a los filipenses que citamos antes. Pero es que no podemos olvidarnos de que Dios es amor, y solo en el amor infinito que nos tiene podremos encontrar la respuesta a todas las preguntas que surgen.

Así lo entendía Orígenes, un teólogo del siglo III: «Él descendió a la tierra por compasión del género humano, Él ha padecido pacientemente nuestras pasiones antes de sufrir la cruz y de dignarse a tomar nuestra carne; pues si Él no hubiera sufrido, no hubiera venido a compartir la vida humana. Primero padeció, después descendió y se manifestó. ¿Cuál es pues esta pasión, que él ha sufrido por nosotros? La pasión de la caridad» (Orígenes, homilías sobre Ezequiel).

Para nuestra mente humana es inconcebible, y quizá solo nuestro corazón pueda de alguna manera intuir la locura incomprensible del amor de Dios: el poder absoluto de Dios se manifiesta en su anonadamiento, que asume para salvarnos, para que conociéramos su amor por cada uno de nosotros, para hacernos partícipes de su naturaleza divina, para ser nuestro modelo de santidad.

Propósito:

Jesús, enséñame a amar como tú, abajándome, haciéndome pequeño frente a los demás, sin imponer opiniones o criterios, sino en condición de siervo.

Jaculatoria:

Jesús, que por mí te hiciste siervo, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 6. La Natividad

Oración a la Trinidad:

Padre de toda gracia, lléname de tu Espíritu Santo para que pueda acompañar a la Sagrada Familia en esta noche santa, y sentir interiormente, en mi propio corazón, el corazón humano de Jesús que comenzó a latir en Belén.

Meditación:

San Lucas, en su Evangelio, nos narra cómo sucedió el nacimiento del Salvador:

También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. (Lc 2, 4-7)

Muchas veces caemos en la tentación de imaginar que la noche de Navidad fue una noche “mágica”: los ángeles cantaban, el niño Jesús reía, María y José disfrutaban de ver a los pastorcitos llegar con sus regalos... Y lo cierto es que la noche de Navidad debió de ser muy distinta a lo que tantas veces nos representamos...

Los esposos llegarían a Belén agotados, muertos de frío, sabiendo que el momento estaba ya muy cerca. Llaman a una puerta, llaman a otra, y a otra... Y no hay sitio para ellos.

José y María se encuentran de noche en plena calle, sabiendo que está a punto de nacer el Hijo de Dios, y no hay sitio para ellos. El Mesías va a hacer su entrada en este mundo por el camino de la humillación, de la pobreza, del sacrificio... Ese camino por el que no

solemos querer entrar porque nos parece que “eso no lo puede querer Dios para sus hijos”. Y, sin embargo, es el que eligió para su Unigénito, y para las dos personas que más ama.

Tras recorrer la ciudad, agotados todos los recursos y esperanzas, cuando a José y a María ya no les queda nada, terminan recogiendo en una cueva de animales, quizá a las afueras de Belén.

Y allí, en la pobreza radical, casi miseria, de un establo vino a nacer Jesucristo. Podemos contemplar un recién nacido que en nada se diferencia de los demás, pero en Él, en su corazón diminuto, late ya todo el amor divino. Dios ha asumido nuestra carne, y ha ido más allá: se ha hecho vulnerabilidad, absoluta impotencia. El mismo Dios que habló por medio del trueno y las trompetas en el Sinaí atemorizando al pueblo de Israel, ahora llora y balbucea; el que no podía ser visto por hombre alguno y quedar este con vida, ahora se oculta, fajado en pañales; aquel a quien los cielos no pueden contener duerme ahora en un pesebre de animales.

Es Dios que, saltando todo límite, distancia y frontera, se ha hecho cercano a nosotros hasta entrar en nuestra humanidad. Así lo expresa el Papa en la encíclica *Dilexit nos*:

Vino, saltó todas las distancias, se nos volvió cercano como las cosas más simples y cotidianas de la existencia. De hecho, él tiene otro nombre, que es «Emmanuel» y significa «Dios con nosotros», Dios junto a nuestras vidas, viviendo entre nosotros. El Hijo de Dios se encarnó y «se anonadó a sí mismo, tomando la condición de esclavo» (Flp 2,7) (número 34).

Es «Dios-con-nosotros» que viene a salvarnos, que sale a nuestro encuentro. Ha bajado con corazón de carne hasta cada uno, para enseñarnos a subir al Padre.

Eso es lo que significa ese «admirable intercambio»: Dios se hace hombre, para que el hombre llegue a ser Dios (San Anastasio de Alejandría, *De Incarnatione*) . Y ello significa que nos ha otorgado, por su encarnación, naciendo como hijo de hombre, una dignidad mayor que la que nos correspondía, ya que nos ha abierto la puerta para llegar a ser, nosotros también, hijos de Dios (Benedicto XVI Audiencia General del 4 de enero 2012).

Ha dejado de ser un Dios lejano, y ya tiene un cuerpo de carne que puedo ver y tocar (*Benedicto XVI Audiencia General del 4 de enero 2012*). Y se ha hecho también camino, un camino de abajamiento que debemos aprender para que su corazón tome forma en nosotros y podamos, así, subir con Él de vuelta al Padre.

Propósito:

Jesús, enséñame a vivir las ocasiones que se me ofrezcan para sentirme pequeño y pobre, como momentos privilegiados para que el Corazón de Jesús se haga presente en mí por la humildad.

Jaculatoria:

Jesús, hecho niño por mí en Belén, dame un corazón de niño.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 7. Vida oculta

Oración a la Trinidad:

Padre de infinita bondad, que enviaste al mundo a tu Hijo amado Jesucristo para que, a través de su obediencia a María y a José, se cumpliera tu plan de salvación; envíanos tu Santo Espíritu para modelar nuestro corazón a semejanza del de Jesús, en obediencia y docilidad.

Meditación:

Vamos a introducirnos en la vida oculta de Jesús, para aprender de su obediencia amorosa a María y José:

Cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazareth. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él. Él bajó con ellos y fue a Nazareth y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres». (Lc 2, 39-40 y 50 y 52)

Lo que llamamos «vida oculta de Jesús» representa la mayor parte de su vida, más o menos treinta años. A lo largo de este periodo, no hubo milagros, ni sanaciones, ni exorcismos... Tan solo un correr de los días en un aparente «no pasar nada»: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios, vida en la comunidad... Fueron años que en nada se diferencian de la vida ordinaria de la inmensa mayoría de los hombres (CIC n. 531). Y, sin embargo, fueron ya redentores.

¡Cuántas enseñanzas podemos aprender de Jesús durante su vida oculta! Nos ofrece una lección, en primer lugar, de humildad, pues siendo Dios -creador del universo, por cuya palabra se hizo todo, que hace de sus enemigos estrado de sus pies- se pone bajo la autoridad de unas criaturas, a sus órdenes.

En ese «estaba sujeto a ellos», contemplamos un modelo de obediencia, en el que con

facilidad podemos imaginarnos a Jesús pidiendo permiso a José para quedarse más tiempo jugando en la plaza o para utilizar un tronco de madera sobrante del taller. Jesús lo haría gustosamente, también cuando todavía no podía comprender del todo.

«Nazareth es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús... Se nos ofrece una lección de vida familiar» (San Pablo VI *discurso 05/01/1964 en Nazaret*). Jesús se fijaría en cómo José desempeñaba su trabajo de artesano para aprender de Él y poder ayudar con el sustento familiar. Disfrutaría mirando a su madre, pues, sin lugar a dudas, ella le enseñó a caminar, a hablar, a rezar, a obedecer... Y lo más importante de todo: de ellos, como niño, aprendió a amar. Y la primera forma de hacerlo es dejándose amar, acogiendo el amor... porque a amar se aprende siendo amado.

Nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*:

Él, como ser humano, había aprendido de María, su madre. La que contemplaba todo con cuidado y «lo guardaba en su corazón» (cf. Lc 2, 19.51), le enseñó desde pequeño, junto con san José, a prestar atención.

Es tan fundamental este saber «prestar atención». Puede parecer algo evidente, pero no lo es, y menos ahora en que, por la *velocidad a la que marcha nuestro mundo*, se nos impone el vivir corriendo sin saber finalmente para qué, asaltándonos con la tentación de *navegar por la superficie*, como nos advierte el Papa Francisco, número 2.

Nos puede ayudar lo que comparte con nosotros san Carlos de Foucauld, uno de los santos que nos propone la encíclica como maestros que *han reconfigurado algunos elementos de la devoción al corazón de Cristo ayudándonos a entenderla de un modo todavía más fiel al Evangelio* (Dilexit nos, número 129). Este enamorado de la vida de Nazareth nos dice que: «Es necesario al alma ese silencio, recogimiento, ese olvido de todo lo creado, en medio de los cuales Dios establece en ella su reino y forma en la misma el espíritu interior, la vida íntima con Dios..., la conversación del alma con Dios en la fe, la esperanza y la caridad... Más tarde, el alma producirá los frutos en la medida exacta en que el hombre interior se habrá formado en ella... Si esta vida interior es nula, habrá celo, buenas intenciones, mucho trabajo, pero los frutos serán nulos; es un manantial que quisiera dar la santidad a los demás, pero que no puede porque le falta a él: no se da lo que no se tiene. Es en la soledad, dentro de esta vida íntima con Dios, en el recogimiento profundo del alma, que olvida todo lo creado, cuando Dios se da enteramente a aquel que se entrega enteramente a Él...» (Carlos de Foucauld, escritos espirituales).

En la vida oculta de nuestro Nazareth personal tiene que crecer nuestra vida interior. Tenemos que hacer el proceso de saber caer en el surco de la vida cotidiana, de la oscuridad, del no aparecer, de la aparente inactividad del invierno. Si no pasamos por este “taller”, jamás veremos nuestra vida florecer en una primavera llena de esperanza.

Propósito

Jesús, enséñame durante este día y cada día a cuidar la conversación íntima de mi alma contigo, queriendo aprender de ti y contigo.

Jaculatoria:

Jesús, obediente y dócil de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 8. La búsqueda de la voluntad del Padre

Oración a la Trinidad:

Padre de bondad, que nos has dado el mandato de crecer a imagen de tu Hijo Jesucristo, danos la fuerza de tu Espíritu Santo y la valentía necesaria para hacer este proceso de maduración, y llegar a ser verdaderamente hijos que buscan tu voluntad.

Meditación

En toda vida hay momentos clave, momentos que son puntos de inflexión, de crecimiento, de maduración... También el Corazón de Cristo iba creciendo de esta manera, porque él quiso asumir hasta las últimas consecuencias nuestra condición humana. Así podemos comprobarlo al leer el Evangelio:

Sus padres solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo». (Lc 2, 41-50)

Este es uno de los pocos pasajes en los que se nos dan detalles de lo que suele llamarse «la vida oculta» de Jesús. Es tremendo caer en la cuenta de esta realidad: durante unos treinta años, el Hijo de Dios hecho hombre, no hizo milagros, no predicó, no se retiró para ayunar en el desierto vestido con piel de camello... en realidad no hizo nada especial. Podríamos preguntarnos en qué consistieron todos aquellos misteriosos años de aparente «inutilidad». Quizás la respuesta resultará más sencilla de lo que esperaríamos: lo que hizo fue madurar.

¡Madurar! Parece algo evidente, parece algo que sucede casi involuntariamente. Efectivamente, las manzanas maduran simplemente por estar en el árbol en las condiciones adecuadas. Para nosotros, los hombres, no es tan evidente el proceso. En nuestro caso la maduración supone la toma de conciencia de nosotros mismos, de

nuestros talentos y limitaciones, también la capacidad de trascendernos para encontrar a Dios que nos llama en cada uno de los acontecimientos de la vida diaria. Nuestra madurez consiste en entendernos como «imagen de Dios» que, difuminada por el pecado, debe trabajar toda la vida para adquirir coherencia. Nuestra maduración consiste en saber que hay una imagen de Cristo en nuestro interior, que tiene que ir revelándose a base de ir despojándonos de ese hombre viejo que lo oculta.

No es un proceso fácil el de la maduración. No es sencillo para nosotros y a veces tampoco es sencillo para los demás, pero es un paso necesario. Nos narra el Evangelio cómo sufrían María y José. Durante tres días sus padres le buscaron angustiados sin poder entender cómo Jesús había podido obrar así. Pero el evangelista deja envuelto en el misterio cómo sufriría el Corazón de Jesús al dar este disgusto a los buenos padres que con tantísimo amor llevaban velando por él doce años.

Jesús no se niega después de este episodio a seguir bajo la autoridad de María y José, pero sí deja patente cuál es su prioridad: «la voluntad del Padre». Esto es lo que le da plenitud a su «ser hijo», y María y José lo respetan.

El Papa nos dice en la encíclica *Dilexit nos*, número 74:

Cuando el Hijo se hizo hombre, pasaba noches enteras comunicándose con el Padre amado, en la cima del monte. (cf. Lc 6,12) Él decía: «debo ocuparme de los asuntos de mi Padre». (Lc 2,49) Miremos sus alabanzas: «Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: “¡Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra!”». (Lc 10,21) Y sus últimas palabras llenas de confianza fueron: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». (Lc 23,46)

Nos deja claro el Santo Padre que el mejor ambiente para la maduración es el contacto íntimo con el Padre en la oración: solo allí entenderemos en qué consiste nuestro ser hijos. Este ha sido el camino de Jesús y ha sido el mismo para tantos santos, que han llegado a serlo creciendo al calor de la mirada del Padre en la oración, aprendiendo en qué consisten esos «asuntos» a los que se tenían que dedicar.

Jesús subió a Jerusalén siendo niño, así lo especifica el Evangelio. Fue el «Niño Jesús» el que se quedó en Jerusalén, pero fue ya un Jesús adulto, un joven adulto, el que, habiendo tomado conciencia de su misión y habiendo puesto las cosas de su Padre Dios como prioridad, bajó de Jerusalén.

Que nuestra oración nos ayude a hacer este proceso para que podamos consagrar al Señor un corazón cada vez más semejante al suyo, el único que ha llegado a la total plenitud.

Propósito:

Jesús, ayúdame en la oración de hoy a preguntar al Padre con seriedad a qué asuntos quiere que me dedique y obrar en coherencia, tomando opciones valientes.

Jaculatoria:

Jesús, siempre vuelto al Padre, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 9. Inicio de la vida pública

Oración a la Trinidad:

Padre eterno, tú que tanto amaste al mundo que enviaste a tu Hijo para devolvernos la comunión contigo, concédeme que, bajo la guía del Espíritu Santo, pueda conocer más y mejor el amor del Corazón de Jesús para poder dar testimonio de Él con mi vida, y participar así en la construcción de la civilización del amor.

Meditación:

Cuando el Verbo de Dios vino al mundo, lo hizo sujetándose a todos nuestros límites, pero dispuesto a rebasarlos todos en una donación total a la voluntad del Padre. Así demuestra entenderlo Jesús al inicio de su ministerio, tal y como lo leemos en el Evangelio de san Lucas:

Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». (Lc 4, 17-21)

¿Qué pasaba por el Corazón de Jesús cada vez que leía o escuchaba las profecías que anunciaban la venida del Mesías? ¿Cómo viviría el saberse enviado por Dios Padre con una misión concreta? Él era el Mesías y lo sabía. Él era el deseado de las naciones. Siglos y siglos esperándole... Miles y miles de personas deseando ver su venida y, sobre todo, Dios Padre esperando la plenitud de los tiempos para llevar a cabo su plan de salvación: enviar a su Hijo amado para comunicarnos su amor y devolvernos la vida. ¿Qué sentiría Jesús ante la misión encomendada? Es un misterio insondable al que podemos intentar asomarnos, con la gracia de Dios, contemplando los sentimientos de Corazón de Jesús, observando sus acciones y escuchando sus palabras.

Jesús, en aquella ocasión en que leyó la lectura del profeta Isaías en la sinagoga de su pueblo Nazareth, reconoció públicamente que en él se cumplía la profecía. Él sabía muy bien que era el elegido, el esperado, el enviado al mundo como salvador..., pero sobre todo sabía que Él era el hijo amado de Dios Padre; amado desde siempre y por

siempre con un amor que, a partir de su encarnación saboreó, gustó y vivió con un corazón humano. Se sabía amado, elegido, sostenido, enviado, dependiente..., y se gozaba y complacía de ello... y lo declaró muchas veces de forma velada y de forma patente, de manera pública y también íntimamente: Pilato se sobrecogió ante su rotunda confesión: «yo para eso he nacido, para dar testimonio de la Verdad», y los apóstoles también se estremecieron ante sus confidencias en la Última Cena en las que les compartía que volvía al Padre habiendo cumplido su voluntad.

Toda su vida la vivió pendiente del Padre y de su misión. Siempre hizo lo que le agradaba al Padre: su voluntad fue cumplir su voluntad. No se apropió de la misión, sino que, por su continua unión y oración con el Padre, por su continua docilidad al Espíritu Santo hizo en todo momento lo que se le pedía: dar la vida por sus hermanos. Y esa misión la sigue viviendo en el cielo y en la Eucaristía; darse sin reservas para darnos la vida eterna, la unión con Dios y la comunión entre nosotros. ¡Su corazón es así hoy, lo fue ayer, y lo será siempre! El Papa Francisco lo dice claramente en su encíclica *Dilexit nos*, n. 28: «El Corazón de Cristo es éxtasis, es salida, es donación, es encuentro».

El Papa Francisco también nos propone claramente lo que tenemos que hacer para parecernos a Jesús: «Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que Él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy» (*Gaudete et exultate* n. 23).

Que el Espíritu Santo nos conceda reconocer cuál es la misión que Dios nos encomienda y así poder construir con Jesús en este mundo su reino de amor, justicia y paz: la tan deseada civilización del amor.

Propósito:

Jesús, concédeme la gracia de sentirme enviado por el Padre para una misión concreta en el día de hoy, enséñame a preguntarle cuál es y a corresponder con fidelidad a lo que me muestre.

Jaculatoria:

Jesús, fiel a tu misión, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que

podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 10. Bienaventurados los pobres de espíritu

Oración a la Trinidad:

Padre bueno, que enviándonos a tu Hijo para abrazar nuestra pobreza, nos has abierto a la verdadera bienaventuranza, concédenos ser iluminados por tu Espíritu Santo, para que podamos emprender el camino que Jesús nos ha trazado y alcanzar el reino de los cielos.

Meditación:

En el día de hoy y en los sucesivos, vamos a adentrarnos en el sermón de las bienaventuranzas que es una llamada a conocer e imitar el Corazón de Jesucristo. El sujeto secreto del sermón de la montaña es Jesús (Joseph Ratzinger, *Mirar a Cristo*). Solo en el Corazón de Jesús la paradoja de las bienaventuranzas deja de ser algo irreal o impracticable. ¿Quién si no Jesús es el «pobre de espíritu»? En el Evangelio le vamos a encontrar muchas veces convertido en un pobre que mendiga. Un ejemplo de esto es el pasaje en el que el Salvador mendiga sediento a la mujer samaritana:

Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó:

«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». (Jn 4)

Por lo general, nadie quiere ser pobre, nadie quiere tener que mendigar y mucho menos depender de otro. Nadie lo quiere. Nadie... salvo Jesús. Él es la revelación más impresionante del amor de Dios (Benedicto XVI, *mensaje de Cuaresma 2007*).

En el pasaje del Evangelio de san Juan que acabamos de leer, descubrimos a un Dios que no se avergüenza de tener que sentarse, cansado del camino, con el deseo de mendigar de esta mujer samaritana un poco de agua. Jesús tiene sed material, sed real, pero sobre todo tiene sed de que esa mujer pecadora descubra en sí su dignidad de hija de Dios. Ella se acerca al pozo avergonzada, va a sacar agua a mediodía, cuando está segura de no encontrarse con el desprecio de sus vecinos. Jesús quiere que esta mujer, realmente pobre en todos los sentidos, experimente que encierra en sí una riqueza tal que es capaz de saciar la sed del mismo Dios. Para esto se ha hecho Él pobre.

En nuestro camino hacia la consagración, ¿queremos conocer cómo es realmente el Corazón de Jesús?: ¡en esta bienaventuranza lo encontramos! El Corazón de Jesús es, fundamentalmente, un espacio completamente vacío para poderse dejar ocupar enteramente por el amor al Padre y a los hermanos. Este es el proceso que nosotros tenemos que hacer para tener un corazón semejante al suyo: vaciarnos. Vaciarnos

sabiendo que esto nos va a hacer poseedores del reino de los cielos, porque el reino es Jesucristo y Él está deseando, tiene sed de ser poseído por el que no tiene más riqueza que la de saberse incondicional y gratuitamente amado por Dios.

Así nos lo explica el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*, número 69, citando a san Juan de la Cruz:

*El Infinito de algún modo se abaja para que a través del Corazón abierto de Cristo podamos vivir un encuentro de amor verdaderamente mutuo: «Cosa creíble es que el ave de bajo vuelo prenda al águila real muy subida, si ella se viene a lo bajo, queriendo ser presa». (...) Él es el ciervo vulnerado, herido cuando todavía no nos hemos dejado alcanzar por su amor, que baja a las corrientes de aguas para saciar su propia sed y encuentra consuelo cada vez que nos volvemos a él».*³

El Corazón de Cristo es todo abajamiento, todo pobreza de espíritu, porque arde en las ansias de que nosotros seamos ricos en el Reino de los cielos: esta es la bienaventuranza que nos propone.

Propósito:

Jesús, durante el día de hoy, ayúdame a reflexionar sobre alguna «riqueza interior» de la que el Señor me pide desprenderme para poder hacerle espacio en mi corazón.

Jaculatoria:

Jesús, que te haces pobre para mendigar mi amor, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 11. Manso y paciente

Oración a la Trinidad:

Padre nuestro, que por medio de tu Hijo has revelado a los pequeños los tesoros de tu reino, derrama tu Espíritu sobre cuantos estamos cansados y agobiados, para que seamos conducidos hacia aquel que, siendo manso y humilde de corazón, es descanso para nuestras almas.

Meditación:

Sabemos que solo una vez en el Evangelio nos invita Jesús a aprender de Él. Veamos lo que nos dice:

Tomó Jesús la palabra y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre y nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera. (Mt 11, 25-30)

Estas palabras de Jesús son, una vez más, respuesta al deseo de felicidad que ha puesto en nuestro corazón. El Señor viene a nosotros abajándose: el Dios omnipotente se acerca a nosotros manso y paciente, pidiéndonos no grandes cosas, ni méritos que no podríamos darle. Solo nos pide que vayamos a Él con nuestro cansancio y agobio, que tomemos su yugo llevadero y aprendamos de Él, que es manso y humilde de corazón. En el fondo, nos invita a vivir su propia bienaventuranza, la de la mansedumbre, que nos hace entrar en su propia gloria y en el gozo de la Trinidad, que nos hace participar de su naturaleza divina y de la vida eterna.

Nos ayuda ver a Jesús manso, humilde, paciente... porque estas actitudes nos muestran, no solo cómo es Él, sino cómo es también el Padre, puesto que Cristo actúa y obra como ve conducirse al Padre. Pero, sobre todo, nos ayuda porque lo que el Corazón de Jesús vive, no es solo para Él, sino para que nosotros también lo podamos vivir. Estamos llamados a apropiarnos de su mansedumbre, la cual brota de su humildad y da como fruto esa paciencia, esa afabilidad, benignidad y respeto que muestra siempre para con el prójimo.

El Papa Francisco nos dice en la *Dilexit nos*, número 202:

Su amor se entremezcla en la vida cotidiana del pueblo amado y se vuelve mendigo de una respuesta, como pidiendo permiso para mostrar su gloria. Por otra parte, quizá una sola vez el Señor Jesús nos ha llamado con sus palabras al propio corazón, y ha puesto de relieve este único rasgo: «mansedumbre y humildad». Como si quisiera decir que solo por este camino quiere conquistar al hombre. Cuando Cristo dijo: «Aprendan de Mí, porque soy paciente y humilde de Corazón», nos indicó que para expresarse necesita nuestra pequeñez, nuestro abajamiento.

El Señor ha hecho más que darnos un ejemplo de mansedumbre y paciencia heroicas.

Ha hecho de estas dos virtudes, un signo de la grandeza de su corazón; no una grandeza que se alza sobre los demás, sino de aquella que se abaja para servir elevando al otro.

Hemos de pedirle su humildad para que vivamos la mansedumbre y paciencia que quiere para nosotros, las cuales se deciden y batallan en el corazón. Nuestro anhelo de felicidad pasa por vivir como Él.

Solo el paciente es reflejo de la paz que goza de Dios y el manso es aquel que cree en la fuerza transformadora de su amor, porque únicamente un auténtico amor a Jesús engendra mansedumbre, solo la intimidad con su corazón impulsa, no simplemente a soportar el mal con apacible bondad, sino a demostrar un amor dulce en momentos de fuerte adversidad.

Revistámonos de su mansedumbre y paciencia, que esa sea nuestra vestidura, nuestro distintivo, que el vivir así sea nuestro descanso porque «para el que ama, todo es suave; para el que no ama, todo resulta pesado» (San Agustín, Serm. 30. 10).

Propósito:

Jesús, haz que aprenda a afianzarme en tu corazón para poder ser reflejo de tu mansedumbre en la adversidad.

Jaculatoria:

Jesús, manso y paciente de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 12. Con hambre y sed de justicia – compasivo

Oración a la Trinidad:

Dios, Padre compasivo y misericordioso, cuyo amor se ha encarnado en Jesús, tu Hijo amado, te pido que me ilumines con la luz del Espíritu Santo para que pueda contemplar su corazón y participar de su compasión entrañable.

Meditación:

Jesús siempre mira en torno a sí. Él siempre busca la verdadera justicia, el bien verdadero. Su corazón está movido por esa inquietud, por esa hambre y sed que remiten al hombre a algo más grande. Podemos verlo en el Evangelio:

Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas. Cuando se hizo tarde se acercaron sus discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y ya es muy tarde. Despídelos, que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compran de comer». Él les replicó: «Dadles vosotros de comer». Ellos le preguntaron: «¿Vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?». Él les dijo: «¿Cuántos panes tenéis? Id a ver». Cuando lo averiguaron le dijeron:

«Cinco, y dos peces». Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los iba dando a los discípulos para que se los sirvieran. (Mc 6, 34-44)

Viendo a Jesús en esta escena y observándolo a lo largo de su vida, podemos contemplar que su actitud no se limita únicamente a tener compasión de los necesitados, ni tampoco solo a tener un corazón compasivo, sino que él mismo es la compasión de Dios en persona, la compasión de Dios encarnada, ya que Dios, compadecido por la humanidad caída, le envió al mundo para salvarla.

Dios es compasivo y misericordioso, como tantas veces se nos recuerda en el Antiguo Testamento y Jesús sabe perfectamente, por experiencia de vida, que toda la historia de la salvación es la historia de la compasión de Dios por su pueblo, por su rebaño, por cada una de sus ovejas: Él, que no quiere que ninguna se pierda. Son muchos los ejemplos que podemos encontrar en la Sagrada Escritura donde se nos descubre este amor compasivo de Dios, este deseo de poner todos los medios para salvar a sus criaturas. Es muy elocuente, entre otros, la respuesta divina ante la negativa de Jonás cuando es enviado a predicar la conversión de la ciudad de Nínive. Dios le pregunta: «¿Y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas que no distinguen la derecha de la izquierda?» (Jon 4,10-11)

Y la compasión de Dios se encarnó cuando su Hijo se encarnó. Jesús es la compasión de Dios para nosotros. Su mirada es una mirada de compasión. Su corazón palpita siempre compasivo. Todo en Él es compasión, que no es lo mismo que lástima o pena. Se compadece porque padece, en Él y como suyas, las necesidades de los demás, sus carencias, sus dolencias de todo tipo: corporales, espirituales, morales... y su compasión es sanadora y santificadora: la multitud se sació, muchos leprosos se curaron, la adúltera fue perdonada y no lapidada, el buen ladrón le robó el Paraíso y tantos otros muchos ejemplos conocidos y desconocidos...

La compasión de Jesús interpela. Como dice el Papa Francisco en su última encíclica, número 71:

La mirada dirigida al Señor, que «tomó nuestras debilidades y cargó sobre sí nuestras enfermedades», nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las carencias de los demás, nos hace fuertes para participar en su obra de liberación, como instrumentos para la difusión de su amor.

El Corazón de Jesús quiere contar con nosotros para que, a pesar de nuestras miserias y defectos, encarnemos su amor y compasión en el mundo.

Propósito:

Jesús, enséñame a mirar hoy con corazón compasivo a mi alrededor, con hambre y sed de ayudar a los que Dios ponga en mi camino.

Jaculatoria:

Jesús, de corazón compasivo, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 13. Limpio de corazón

Oración a la Trinidad:

Padre misericordioso, que en tu infinita bondad me has creado modelando el barro de mi corazón a imagen del de Jesucristo, tu Hijo amado, en el que te complaces: te ruego

que, por medio del Espíritu Santo, purifiques todo lo que no es digno de un corazón en el que tú quieres mirarte.

Meditación:

Una de las más hermosas bienaventuranzas es la que nos habla de la limpieza de corazón.

«Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». Es preciosa la recompensa prometida: ver a Dios. La bienaventuranza de los hombres es ver a Dios. La bienaventuranza de Cristo es poder ver a los hombres, pero verlos en toda su grandeza y dignidad, la que para nosotros, por nuestra falta de «limpieza de corazón», tantas veces permanece oculta. Escuchemos en el Evangelio cómo era la mirada de Jesús:

Entonces le presentaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y orase, pero los discípulos los regañaban. Jesús dijo: «Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el reino de los cielos». Les impuso las manos y se marchó de allí. (Mt 19, 13-15)

¡Qué dulzura la del Corazón de Jesús! Podemos imaginar con qué ternura miraría a esos niños, seguramente no impolutos sino... ¡niños al fin! Niños con los pies sucios de andar descalzos por los caminos de Galilea, llenos del polvo levantado por sus alborotados juegos, vestidos con la pobreza que acompañaba las vidas de aquella gente, despeinados, y adornados con los rasguños que lucirían como trofeos de sus travesuras...

Otros veían en ellos un incordio, una molestia, un estorbo que había que tolerar por no poder evitarse, pero Jesús... Su corazón, limpio de todo prejuicio, ve más allá. Se mira en ellos como en un espejo, y encuentra al contemplarlos el reflejo de tu propia imagen, aquella que Él modeló junto a tu Padre.

Nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos, número 41*:

Precisamente porque está atento a nosotros, él es capaz de reconocer cada buena intención que tengas, cada pequeño acto bueno que realices. Cuenta el Evangelio que vio «a una viuda de condición muy humilde, que ponía [en el tesoro del templo] dos pequeñas monedas de cobre». (Lc 21,2) e inmediatamente se lo hizo notar a sus apóstoles. Jesús presta atención de tal modo que se admira por las cosas buenas que reconoce en nosotros. Cuando el centurión le rogaba con total confianza, «al oírlo, Jesús quedó admirado». (Mt 8,10). Qué hermoso es saber que si los demás ignoran nuestras buenas intenciones o las cosas positivas que podemos hacer, a Jesús no se le escapan, y hasta se admira.

No deja de resultar impresionante el conocer que Jesús mira, penetrando más allá de lo que nosotros mismos podemos ver. Su corazón es tan limpio que no se queda atrapado por la corteza de escoria que tantas veces encierra al hombre como si fuera un caparazón. Su mirada benevolente no se echa atrás ante la aparente fealdad, sino que, al mirar a cada alma, recuerda que la ha hecho bella, a su imagen.

Pero ¿cómo podemos alcanzar nosotros la limpieza de corazón? Nosotros también deseáramos que nuestros ojos pudieran mirar con la mirada de Jesús a los demás; sin embargo... Nos encontramos encorvados sobre nosotros mismos (San Buenaventura,

Itinerarium mentis in Deum, 7). Tenemos que reconocer que, con frecuencia, a nuestro peor enemigo lo llevamos escondido dentro y que necesitamos convertirnos a Jesús (Papa Francisco, Audiencia 01/04/2020). Es un hecho que el error y la mentira ciegan nuestra inteligencia y sabemos que solo la Verdad, la Verdad con mayúscula, puede curar esta impureza. Nos vemos combatidos tantas veces por malos pensamientos, malos sentimientos, juicios duros que conviven y luchan con nuestra sincera sed de bien y de bondad. Por eso somos conscientes de que para poder consagrarnos al Corazón de Jesús y llegar a esa unión con Él, tenemos que prepararnos con un trabajo serio, dejándonos hacer por las pruebas y purificaciones de la vida, dejándonos interpelar a fondo por la Palabra que nos llega de tantas maneras y a través de tantos cauces.

Ojalá lleguemos a vivir esta bienaventuranza de los limpios de corazón, que hará que hundamos nuestras raíces desde ahora en la eternidad, pudiendo gustar ya en este mundo algo de la felicidad que es estar con el Señor y verle a Él en todo. Sabemos que el deseo del Padre es revelar sus misterios a los pequeños y que Jesús comparte con gozo su proyecto. ¡Que sea, pues, así!

Propósito:

Jesús, en este día me llamas a posar mi mirada sobre los demás con la benevolencia que brota de un corazón limpio como el tuyo, procurando verte en cada una de las personas que me encuentre.

Jaculatoria:

Jesús, limpio de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 14. Pacificador - perseguido por causa de la justicia

Oración a la Trinidad:

Padre lleno de amor, que en tu Hijo Jesucristo, Príncipe de la paz, quieres que todos nos amemos como hermanos, danos tu Espíritu Santo para que él forme en cada uno de nosotros un corazón como el de Jesús, que siempre siembre a su alrededor el perdón y la paz.

Meditación:

A vosotros los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica, A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? [...] Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos. (Lc 6, 27-32, 35)

Esas pocas palabras, «Amar a los enemigos», tal vez constituyan un buen resumen de esa forma de vida a la que nos invita el Señor en el Evangelio, y ante las que nadie queda indiferente. Muchos lo consideran una utopía, un hermoso imposible, y sin embargo sabemos que es el precio que nuestro Señor tuvo que pagar para sembrar en nuestro mundo las semillas de su reino de paz. Porque suena muy bien eso de tratar a los demás como queremos que ellos nos traten, pero cuando no se refiere ya a aquellos que nos quieren, sino a los que nos hacen daño, nos tratan injustamente, o incluso a los que simplemente nos caen mal... ¡cómo cambia la cosa!

Pero es cierto que el Señor nos llama a tener un corazón semejante al suyo, y el Corazón de Jesús es así: lleno de paz, de esa paz firme, inmutable, que no depende de que las cosas vayan bien, ni es solo un estado de ánimo, sino que es la paz verdadera que viene, por un lado, de la certeza del amor del Padre, y por otro, de su alegría por hacer siempre lo que al Padre le agrada. Y es que el Padre es así: Él es bueno, más aún, Él es el Bien, y lo es siempre: con los buenos y con los malos, con los que creen en Él y también con los que le niegan, con los que intentan amarle y con los que blasfeman. De hecho, nos basta con ver cómo ha sido Dios con nosotros tantas veces en que le hemos traicionado, para ver que Él hace salir el sol sobre buenos y malos. Y lo vemos de forma concreta en la vida del Señor, pues Él no solo nos enseña de palabra, sino que es el primero en cumplir lo que nos pide, y en poner la otra mejilla.

Como nos dice el Papa Francisco en la *Dilexit nos*, número 155:

Un alma de veras amante de Dios, si mira al pasado, ve a Jesucristo trabajando, doliente, sufriendo durísimas penas «por nosotros los hombres y por nuestra salvación», tristeza, angustias, oprobios, quebrantado por nuestras culpas y sanándonos con sus llagas. De todo lo cual tanto más hondamente se penetran las almas piadosas cuanto más claro ven que los pecados de los hombres en cualquier tiempo cometidos fueron causa de que el Hijo de Dios se entregase a la muerte.

Propósito:

Enséñame, Jesús, a vivir el día de hoy no devolviendo mal por mal, sino venciendo el mal a fuerza de bien, para así sembrar en el mundo tu paz.

Jaculatoria:

Jesús, de Corazón pacífico, enséñame a devolver bien por mal.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 15. Eucaristía y lavatorio

Oración a la Trinidad:

Padre eterno, que me has llamado para estar contigo, llena mi corazón del fuego de tu Espíritu Santo para que, encendido en tu amor, se vayan formando en él los sentimientos del corazón de tu Hijo amado, Jesucristo.

Meditación:

Al adentrarnos en esta meditación, tenemos que hacerlo con el alma descalza, pues nos ponemos ante un gran misterio que jamás abarcaremos. Mirar a la Eucaristía es como mirar el Corazón de Jesús por dentro, entregándose en el mayor acto de amor. Contemplemos a Jesús en este momento cumbre que nos narra san Juan:

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. (Jn 13)

Aquella noche fue una noche de extremos: es el momento en que va a llegar «al extremo» el amor de Dios por los hombres; pero será también la hora en que alcanzará su máxima expresión la ingratitud del corazón humano, que vemos representada en la persona de Judas Iscariote.

Llega este momento supremo que el evangelista describe con tanta solemnidad, y contemplamos a Jesús, Dios y hombre verdadero, como un esclavo a los pies del discípulo que lo entregaría poco después. Podemos imaginar cómo Jesús le miraría a los ojos, no solo compasivo, sino también suplicante: le suplicaría que le dejase lavar no solo sus pies, sino también y sobre todo su indiferencia, su desprecio, su odio, su pecado... ¡Ardientemente deseaba comer esa Pascua con él, y comerla hasta las últimas consecuencias! Pero Judas no bajó... Siguió mirando desde arriba, y la infinita y divina misericordia del Señor resbaló por su corazón endurecido sin penetrar en él, como el agua por sus pies...

Es estremecedor pensar que, instantes después, con el corazón hecho añicos por el rechazo de su discípulo, Jesús volvió a hacer lo mismo. Porque, ¿qué es, si no, la Eucaristía? Y llegó aún más lejos que antes... En el lavatorio, el Maestro y el Señor tomó la condición de esclavo, permitiendo que Judas lo vendiera como tal; pero la Eucaristía supone un abajamiento mayor: todos los hombres de todos los tiempos tendrán ahora ese poder sobre Dios, y más poder aún; de llevarle, traerle, ponerle, quitarle, ultrajarle, despreciarle, ofenderle de mil maneras... Cualquiera de nosotros podríamos ser Judas, y aún peores que él...

Pero ha querido quedarse con nosotros para siempre, porque nos ha amado hasta el extremo, y nos mira desde abajo, como aquella noche miró al que quiso que volviera a ser su amigo. Y hoy podemos nosotros decirle que sí, que sí a todo; y queremos que nos ame, y que nos enseñe a amarle; pedirle que nos lave, nos restaure, nos haga de nuevo si es necesario... Porque sabemos que le necesitamos, que Él es el único que puede dar a nuestra vida su sentido pleno, necesitamos que Él marque nuestro camino y lo oriente cada día hacia sí... Como recuerda el Papa Francisco en la *Dilexit nos*, citando a su predecesor, número 81:

Benedicto XVI invitaba a reconocer el Corazón de Cristo como presencia íntima y cotidiana en la vida de cada uno: «Toda persona necesita tener un “centro” de su vida, un manantial de verdad y de bondad del cual tomar para afrontar las diversas situaciones y la fatiga de la vida diaria.

Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no sólo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, más en profundidad, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe y, sin embargo, mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo.»

Sabemos que la Eucaristía es el único camino posible si queremos que ese centro y ese manantial de los que nos habla el Santo Padre sean reales dentro de nosotros, porque así nos lo enseñó el mismo Cristo: «Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6, 57) (CIC n.1391): y queremos unirnos cada día más a Él en el Santísimo Sacramento, pues solo la comunión de su cuerpo y de su sangre pueden fortalecernos en la caridad para llegar a vivir según los sentimientos de su Sagrado Corazón (Cc. Trento: DS 1638).

Propósito:

Jesús, ayúdame a encontrar un tiempo para poder hacerte una visita hoy en algún sagrario y, si es posible, comulgar y, a lo largo de la jornada, vivir consciente de tu presencia real en mí.

Jaculatoria:

Corazón eucarístico de Jesús, sé Tú quién viva en mí.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 16. Getsemaní

Oración a la Trinidad:

Padre misericordioso, que entregaste a tu Hijo para redimirnos, toca nuestro corazón con la luz del Espíritu Santo para que, por la gracia, no solo recordemos el misterio de la Pasión, sino que nos hagamos místicamente presentes para consolar el Corazón de Jesús (*Dilexit nos*, n.152).

Meditación:

Adentrémonos en este momento de meditación en el misterio de consolación que se da en el Huerto de Getsemaní, tal y como nos lo narra el Evangelio:

Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación». Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza. (Lc 22,39-45)

Sin intentar apresar todo el misterio que encierra este momento de la Pasión del Corazón de Cristo, vamos a fijarnos solo en lo que tantas veces Jesús ha pedido a lo largo de la historia a sus confidentes: el consuelo. ¡Consoladme!, ¡velad conmigo!, ¡al menos tú...!

Jesús se adentra en la hora oscura de la Pasión y siente el peso de todo nuestro pecado que carga sobre sus hombros hasta el punto de derrumbarse. Sobre Él cae el peso de la culpa de la humanidad entera y éste lo hunde en un abismo de tristeza, angustia, tedio... Su naturaleza humana se desmorona ante un abismo de sufrimiento que lo aplasta. Y es que Cristo es verdadero hombre. Es el Santo de los santos, pero por nosotros se ha hecho lo que nosotros y busca ayuda porque la necesita: algo que a nosotros tantas veces nos humilla. Busca a sus amigos para que lo sostengan, nos busca a nosotros —a cada uno de nosotros— en este momento y... ¡cuántas veces nos encuentra dormidos!, absolutamente ajenos a su Pasión.

Cristo clama entonces y pide al Padre que, si es posible, se le evite este cáliz. Pero el amor del Padre no le ahorra la tristeza; y tiembla; y sigue cayendo en ese abismo de muerte. Es entonces cuando le envía un ángel para que le conforte y le dé fuerza. Es estremecedor y hermoso al mismo tiempo: una criatura consuela, sostiene al mismo Dios, y Cristo se deja consolar.

Este misterio lo explica muy bien el Papa Francisco en *Dilexit nos*, número 161:

En esta contemplación del Corazón de Cristo entregado hasta el extremo somos consolados nosotros. El dolor que sentimos en el corazón abre paso a la confianza plena y finalmente lo que queda es gratitud, ternura, paz; queda su amor reinando en nuestra vida. Y nuestro dolor se une al dolor de Cristo en la cruz, pues cuando decimos que la gracia nos permite saltar todas las distancias, esto significa además que Cristo, cuando sufría, se unía a todos los sufrimientos de sus discípulos a lo largo de la historia. De ese modo, si sufrimos, podemos vivir el consuelo interior de saber que el mismo Cristo sufre con nosotros. Deseando consolarle, salimos consolados.

¡Cuántas veces rezamos nosotros el salmo 22!: «El Señor es mi pastor... aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo».

¿Hemos pensado como sonaría este salmo en la boca de Cristo? También Él rezaba los salmos y procuraba encontrar en ellos fuerza. ¿Imaginamos a Jesús diciéndonos: «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo»? En ese “tú” podríamos imaginarnos a Jesús mirándonos a los ojos y pronunciando nuestro nombre porque, igual que en la noche de Getsemaní buscó consuelo en sus discípulos, también lo busca en nosotros.

No es una ilusión. Cada uno podemos decir con verdad «yo puedo consolar a Cristo,

mi dolor puede unirse al de Cristo» y, sin saberlo, estaríamos siendo ese ángel de Getsemaní, sosteniendo a Jesús en su angustia.

Si pudiéramos convencernos, tal y como nos lo enseña el Papa, de que nuestro sufrimiento está unido al de Cristo, se daría un giro drástico. Si ofreciéndonos, podemos hacer que nuestro dolor participe de la fuerza del padecer del Redentor y, por tanto, puede ser un cauce de gracia para otros, convirtiéndose en una bendición para los demás... Si pudiéramos convencernos de esto, entonces el dolor estaría realmente superado, vencido en su raíz más profunda, porque pasaría de no tener sentido a estar lleno de él, al ser instrumento de ayuda para Dios en su obra de amor y redención (Romano Guardini, *Viacrucis*, estación VII).

Propósito:

Jesús, enséñame a buscar siempre y en todo la voluntad del Padre, especialmente cuando me cueste entender sus disposiciones, y que aprenda a ofrecerlas para colaborar en la redención del mundo.

Jaculatoria:

Jesús, unido siempre a la voluntad del Padre, haz que en mí se haga siempre su voluntad y no la mía.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén

Día 17. La traición

Oración a la Trinidad:

Padre de bondad, que quisiste que tu Hijo fuese entregado por uno de los suyos para que se cumpliera así tu plan de salvación: te ruego que, por medio del Espíritu Santo, me introduzcas en el Corazón de Cristo para que, inflamado en el fuego de su amor, aprenda a entregarme sin reservas al fiel cumplimiento de tus designios redentores.

Meditación:

Ayer meditamos sobre la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní, y hoy pondremos nuestra atención en el momento en que aparece Judas, acompañado de los judíos, para prender a Jesús. Escuchemos el testimonio que san Mateo nos deja de este momento:

Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de

gente con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: «Al que yo bese, ese es: prendedlo». Después se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro!» Y lo besó. Pero Jesús le contestó: «Amigo, ¿a qué vienes?» Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron. (Mt 26, 47-50)

No puede dejarnos indiferentes la contemplación del Corazón de Cristo en este momento cumbre de su vida: Jesús vuelve a los suyos, de nuevo dormidos. Solo uno de los doce está en vela, y no para acompañarle en ese momento de angustia mortal, sino para traicionarle.

Podemos suponer que, en medio de aquella noche, Jesús viera acercarse las antorchas encendidas de aquella turba que se acercaba para prenderle; y puede que incluso llegara a escuchar el susurro de esa voz conocida: *“al que yo bese, ese es: prendedlo”*, que se le clavaría como un puñal... Y despierta a los otros apóstoles cuando ya están llegando ante ellos, cuando llega Judas frente a su Maestro para besarle, como había dicho que haría.

¡Cuántos momentos pasarían entonces por la mente y el Corazón de Jesús esperando ese beso! «Judas Iscariote», elegido por su Padre para ser uno de sus íntimos. Le había confiado sus inquietudes, preocupaciones, deseos, alegrías... Todo lo había compartido con él. Lo expresaba así san Juan Crisóstomo, padre de la Iglesia: «Jesucristo llena de beneficios a Judas el traidor: lava sus pies, le reprocha sin acritud, le censura con discreción, busca ganar su corazón, le honra hasta comer con él, hasta abrazarle, e incluso cuando Judas no recapacita, Jesucristo no cesa en su buen empeño» (San Juan Crisóstomo, *In Ioannes 71, 4*), llegando a llamarle amigo en el instante mismo de entregarle en poder de los judíos. «Amigo, no porque lo eres, sino porque lo puedes ser. Amigo, porque de parte mía lo serás desde ahora» (P. Luis M^a Mendizábal, *Meditaciones de los Ejercicios Espirituales*).

El Corazón de Jesús es para con cada uno de nosotros como es con Judas: le ha amado y elegido desde siempre con un amor infinito, pensado y creado con un proyecto de amor. Nuestro pecado supone un rechazo de Dios y de su plan; cada vez que pecamos herimos el corazón paternal de Dios que, queriendo darnos lo mejor, nos ve optar por nuestras esclavitudes y nimiedades... Pero, si no está en nuestra mano el no pecar, si acabaremos «necesariamente» hiriendo al Señor, ¿cómo podemos no ser otro «Judas»?

La clave nos la da el Papa Francisco en la *Dilexit nos*, número 158:

El inevitable deseo de consolar a Cristo, que parte del dolor de contemplar lo que sufrió por nosotros, se alimenta también en el reconocimiento sincero de nuestras esclavitudes, los apegos, las faltas de alegría en la fe, las búsquedas vanas, y, más allá de los pecados concretos, la no correspondencia del corazón a su amor y a su proyecto. Es una experiencia que nos purifica, porque el amor necesita la purificación de las lágrimas que al final nos dejan más sed de Dios y menos obsesión por nosotros mismos.

El pecado mayor de Judas no fue su traición, sino su incapacidad para acogerse a la misericordia de Dios como sí lo haría Pedro horas después, cuando negó a Jesús. Pero lo que nos dice el Papa es tremendamente consolador, pues nos recuerda lo que san Pablo escribió a los romanos: *«Todo es para el bien de los que aman a Dios»*. (Rom 8, 28) Hasta de nuestro pecado el Señor puede sacar frutos buenos que nos acerquen

más a Él. Incluso podemos decir que estos momentos de caída y dolor son, muchas veces, de esos «momentos fuertes» que alimentan y robustecen nuestra esperanza, cuando a veces se nos vuelve borrosa la meta de nuestro peregrinar terreno: el encuentro con el Señor Jesús (Spes non confundit n. 5).

Propósito:

Jesús, ayúdame a darme cuenta de cuando peco o falto hoy, y enséñame a esforzarme en ver cómo he herido tu corazón para tratar de consolar el dolor que te he provocado.

Jaculatoria:

Jesús, de corazón siempre abierto al perdón, enséñame a acogerme a tu misericordia.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 18. Crucifixión y Lanzada

Oración a la Trinidad:

Padre lleno de bondad, que en comunión plena con el Espíritu Santo me entregas diariamente el misterio más grande mostrándome el Corazón de tu Hijo Jesús traspasado; que yo sepa valorar ese trueque de amor que me propones desde la cruz, y que por medio de tu gracia obtenga el valor de entregarme a ti en plenitud.

Meditación:

Llegamos hoy a lo que podría considerarse el “núcleo” de nuestro camino hacia la consagración al Corazón de Jesús. La promesa que nos transmite el profeta y que nos llena de esperanza: «Os daré un corazón nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26), se convierte en una realidad posible en el momento en que Cristo nos entrega el suyo al dejar que su costado sea abierto en la cruz.

Escuchemos en el Evangelio el testimonio del discípulo que lo vio:

Tomaron a Jesús, y, cargando con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». (Jn 19, 16-24 y 31-37)

A ese Cristo cruelmente crucificado, al que nos hemos acostumbrado a ver así, en cruz y muerto, le han matado nuestros pecados. Cada uno podemos decir: «Es por mí, ¡es por mí!».

Nos dice el Catecismo que Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, «los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Mirándole entendemos qué lejos le ha llevado este «extremo». Dios no podía hacer más para manifestarnos su amor infinito, pero ahora nos corresponde a nosotros el entrar en este misterio y tomar el lugar que se nos ha reservado en él.

Nos sigue enseñando el Catecismo que Jesucristo, al haberse unido en cierto modo a todo hombre, «ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, [...] se asocien a este misterio pascual (GS 22, 5)».

Dios desea que nos asociemos a este Misterio Pascual, y para eso nos abre una puerta y nos invita a entrar: ¡esta puerta es la apertura de su costado! Necesitó una lanza para poder abrirnos el paso rasgando el velo de su carne. Así lo dice expresamente san Agustín. Después de referir cómo el evangelista afirma que un soldado abrió el pecho de Jesús crucificado, añade:

«Para que allí quedase en cierta manera abierta la puerta de la vida». «Esto lo anunciaba de antemano el mandato que recibió Noé de hacer, en el costado del Arca, la puerta por donde entrasen los animales que no habían de perecer en el diluvio, en los cuales se prefiguraba la Iglesia».

El costado abierto de Cristo es para nosotros como un arca en el que cobijarnos del diluvio.

¿Quién podría sobrevivir sin un refugio? Todos necesitamos un hogar seguro: el nuestro, al consagrarnos al Corazón de Jesús, es precisamente este. Como *las palomas anidan en los huecos de las rocas, como los gorriones ponen su casa en las grietas de la peña, nosotros podemos escondernos en esta apertura sagrada* (San Buenaventura, *El árbol de la vida* (Opúsculo 3, 29-30.47: Opera omnia 8, 79)

Nos dice el Papa Francisco en la encíclica *Dilexit nos*, número 101:

En el Corazón traspasado de Cristo se concentran escritas en carne todas las expresiones de amor de las Escrituras. No es un amor que simplemente se declara, sino que su costado abierto es manantial de vida para los amados, es aquella fuente que sacia la sed de su pueblo. Como enseñaba san Juan Pablo II, los «elementos esenciales de esta devoción pertenecen, de manera permanente, a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda su historia; pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada al Corazón de Cristo traspasado en la cruz».

Al pie de la cruz, dirigiendo la mirada al corazón traspasado, podemos “leer” todas esas expresiones de amor de las que nos habla el Papa y entonces entendemos que somos amados, que tenemos una patria a la que pertenecemos, porque hemos nacido de ese costado traspasado de la misma manera que Eva salió del costado de Adán; descubrimos que tenemos un hogar al que regresar cuando nos alejamos como hijos pródigos, porque la puerta ha quedado abierta y, aunque lleguemos hechos un desastre, siempre habrá un manantial brotando de esa herida para limpiarnos y regenerarnos; mirando al que traspasaron aprendemos que valemos la sangre de Cristo. Si esto queda grabado en nuestro corazón, cambiará nuestra vida.

Propósito:

Jesús, que aprenda a vivir todo desde tu corazón traspasado, leyendo desde ahí cada acontecimiento del día y buscando en él mi descanso.

Jaculatoria:

Corazón de Jesús, déjame mirarte y no dejes de mirarme; que te vea Jesús, traspasado por amor hacia mí.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada

momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 19. El corazón de María al pie de la cruz

Oración a la Trinidad:

Padre de toda gracia, que preparaste a María para ser la madre de Jesucristo llenándola de tu Espíritu Santo, ya que en el Calvario nos la diste por madre, haz que sepamos acogernos al amparo de su Inmaculado Corazón para aprender de ella a entregarnos a Jesús.

Meditación:

Ayer nos colocábamos al pie de la cruz para poder fijar nuestros ojos en el costado traspasado de Cristo. Hoy vamos a fijarnos en la figura que está junto a nosotros en el Calvario:

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. (Jn 19, 25-27)

María ha estado siempre fielmente unida a su Hijo. Desde el momento de la Encarnación hasta el Calvario, sus corazones han latido al unísono. Por eso encontramos ahora a María, «compadeciendo» con su Hijo, adherida a la Pasión redentora de Cristo, participando en su dolor. La lanza que atravesó el costado de Cristo, no lo hizo sin antes traspasar el corazón de su madre, la Virgen. Era algo que ya el anciano Simeón le había profetizado largos años atrás.

El Concilio nos dice que María «sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima» (*Lumen Gentium*, n. 58). Ella no estaba allí simplemente como espectadora. María está «*en pie*», cumpliendo su misión al unir su sufrimiento materno a la ofrenda sacerdotal de su Hijo, aceptándola con un acto de amor con el que presenta a su Hijo como «víctima» de expiación por los pecados de toda la humanidad.

Contemplando así a nuestra madre, ¿no queremos estar junto a ella? María vive en plenitud lo que nosotros queremos vivir consagrándonos al Corazón de Jesús. El Papa Francisco, en la encíclica *Dilexit nos*, número 152, nos dice que es posible estar allí, «*místicamente presentes*», junto a la Virgen:

Ahora sólo quisiera concentrarme en ese deseo que muchas veces brota en el corazón del creyente enamorado cuando contempla el misterio de la pasión de Cristo y la vive como un misterio que no sólo se recuerda, sino que por la gracia se vuelve presente, o mejor, nos lleva a nosotros a estar místicamente presentes en ese momento redentor. Si el Amado es el más importante, entonces, ¿cómo no querer consolarle?²

“¿Cómo no querer consolarle?” Claro que deseamos hacerlo, pero también es cierto que muchas veces no sabemos cómo. Por esto es fundamental que entendamos que, en el Calvario, María se nos ha dado como madre y maestra. La última palabra de Jesús a su madre, que puede ser considerada como su testamento de amor para ella, es: «Ahí tienes a tu hijo», y en esa palabra: «tu hijo», estamos encerrados todos.

¡Qué intercambio este! A cambio de su Hijo divino, recibe a toda la humanidad como prole. Es evidente que para que toda la humanidad cupiera en un corazón finito, de criatura, como era el de María, necesariamente tenía que rasgarse para poder ensanchar hasta acoger a esa humanidad. El corazón de María es el ejemplo de un corazón perfectamente consagrado al de Jesús, unido a Él en todo, también en su obra de redención. Ella es nuestro modelo y también nuestra esperanza.

La figura de María al pie de la cruz nos llena de verdadera esperanza, es para nosotros como un ancla que mantiene nuestra humanidad firmemente sujeta al misterio de la redención. Como dice el Papa Francisco, al convocar este Jubileo de la Esperanza:

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun en medio de las aguas agitadas de la vida. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo (*Lumen Gentium*, n. 58).

Propósito:

Jesús, enséñame a invocar a lo largo del día muchas veces a la Virgen, pidiéndole que me enseñe a corresponder al amor del Corazón de Jesús como lo hizo ella.

Jaculatoria:

Dulce corazón de María, enséñame a amar al Corazón de Jesús.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 20. Sepultura

Oración a la Trinidad:

Padre nuestro que estás en el cielo, donde recibiste a tu Hijo glorioso después de morir en la cruz y ser sepultado: ayúdanos a morir al pecado y a todo lo que obstaculiza el reinado del Corazón de Jesús en nosotros, para renacer, por medio de tu Espíritu, a nueva vida.

Meditación:

Pidamos al Señor que nos ilumine en la meditación del Misterio Pascual, que le llevó a desprender su corazón de todo lo terreno, para ganarnos una nueva vida de hijos amados. El Evangelio nos lo narra así:

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús. (Jn 19, 40-42)

La tierra ha retemblado, se ha resquebrajado hasta lo más profundo, porque el Hijo de Dios ha muerto. «En su designio de salvación, Dios dispuso que su Hijo también “gustase la muerte”, es decir, que conociera el estado de muerte, el estado de separación entre su alma y su cuerpo» (*Catecismo de la Iglesia Católica* N° 624). El Corazón de Jesús dejó de latir. Jesús es Dios, «el que vive», pero se sometió al orden natural y «estuvo muerto». Su muerte fue una verdadera muerte para darnos la vida, esa nueva vida que recibimos en el Bautismo, por el que bajamos con Él al sepulcro, muriendo al pecado, verdadero mal y enemigo del alma.

Nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*, número 192:

En otro contexto he afirmado que Dios «de algún modo, quiso limitarse a sí mismo» y «muchas cosas que nosotros consideramos males, peligros o fuentes de sufrimiento, en realidad son parte de los dolores de parto que nos estimulan a colaborar con el Creador». Nuestra cooperación puede permitir que el poder y el amor de Dios se difundan en nuestras vidas y en el mundo, y el rechazo o la indiferencia pueden impedirlo.

El pecado nos parece un muro infranqueable que nos hace impotentes, nos daña, generando incluso indiferencia ante lo divino. Jesús nos ha dicho que el grano debe caer en tierra, morir, para no quedar infecundo. Prepararnos para ser totalmente suyos, consagrándonos a su Corazón, exige morir a nosotros mismos, al pecado de la exaltación de nuestro ego, a través de pequeñas muertes diarias: muriendo al éxito, a la eficacia, al bienestar, a los propios intereses, a nuestra manera humana de ver las cosas sin Dios... Este ir muriendo poco a poco, hará germinar una nueva vida según las virtudes del Corazón de Jesús, con nuevas determinaciones, nuevos pensamientos, sentimientos, deseos y aspiraciones.

El Papa Francisco nos dice que «para ascender hacia Él debemos descender dentro de nosotros mismos» para percibir nuestros propios límites, dolencias, debilidades, tentaciones. Eso que llamamos «males, fuentes de sufrimiento», pueden convertirse con la ayuda de su gracia en oportunidades, si los aceptamos y abrazamos libremente por amor, para que se manifieste el poder de Dios en toda su capacidad infinita de amor, difundiéndose por el mundo entero. Este cambio de actitud nos convertirá en colaboradores con Jesús y en «ofrenda» que abre un espacio ilimitado a los milagros que está deseando realizar en nuestras vidas y en las de tantos hombres y mujeres por los que ha muerto.

Nuestras fuerzas no pueden liberarnos de las sombras de muerte del sepulcro, de las esclavitudes, del miedo, que son lazos con los que el demonio nos ata. Jesús tiene en

su mano el poder y la victoria sobre todos esos males; por eso nuestra confianza debe estar puesta solo en el poder de su Corazón.

A veces Dios puede dejarnos experimentar este aparente «sábado santo». A veces parece que no está, que en nuestra vida todo es un frío glacial, como si una piedra se hubiese interpuesto entre Él y nosotros. Puede ser que entonces nos esté pidiendo que nos pongamos junto a María, la que supo esperar cuando hasta los suyos le consideraban como parte de una historia acabada en un fracaso. María sabe velar y confiar en las promesas a pesar de que la evidencia pudiera indicar lo contrario. Ella permanece en amor ardiente. Y seguro que el Corazón de Jesús estaba deseando que llegara la hora de la resurrección, para poder agradecer a su Madre la fidelidad de su «Fiat» mantenido en la hora de la oscuridad.

Que Jesucristo vivo, de corazón palpitante, aumente nuestra fe y esperanza, para creer en la promesa de la bienaventuranza de que los que lloran serán consolados en el cielo de su Corazón.

Propósito:

Jesús, enséñame a descubrir las ocasiones en que nos pides morir a nosotros mismos, ofreciendo las limitaciones y penalidades que nos encontremos.

Jaculatoria:

Jesús, haz mi corazón como el tuyo, capaz de morir para esperar la verdadera vida.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 21. Alegría del encuentro con Cristo vivo

Oración a la Trinidad:

Padre de todos los que viven, concédeme la luz del Espíritu Santo para saber reconocer a tu Hijo Jesucristo vivo y resucitado, y alegrarme de su gozo y gloria.

Meditación:

Después de haber dedicado unos días a la meditación de la Pasión del Señor, escuchemos ahora uno de los relatos de las apariciones de Jesucristo Resucitado:

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

«Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo». (Jn 20, 19-22)

Vemos a los pobres apóstoles encerrados en la casa al anochecer de aquel día, con las puertas y ventanas cerradas por miedo a los judíos, y todavía abatidos por la tristeza de lo sucedido. Sabemos, por el testimonio de otros evangelistas, que no fueron capaces de creer a los que lo habían visto vivo...

En aquel momento entra el Señor y se pone en medio de ellos, a la vista de todos, y les habla; y les enseña las manos y el costado. Y dice el evangelista que «se llenaron de alegría al ver al Señor». ¿Es posible que fuera el mismo que fue crucificado, muerto y sepultado? Parece evidente, ya que les muestra las mismas heridas que aquel día limpiaron Nicodemo y José de Arimatea, y que su Madre besó y tocó y acarició con su cuidado y amor maternal... Son las mismas, pero ya no derraman sangre, sino luz y gloria... Y es Él, es el mismo cuerpo que tantas veces han visto y tocado y abrazado... el mismo que envuelto en lienzos fue puesto en el sepulcro, y ahora está en pie, en medio de ellos, que ha llegado a través de puertas cerradas, como si ya no estuviera sometido a leyes de espacio o tiempo... Esto, tan natural para nosotros ahora, qué incomprensible era para los once entonces. Pero no podían dudar de que fuera Él: «Paz a vosotros», ha dicho, y eso es lo que Él les enseñó a decir a sus discípulos cuando fueran a anunciar la Buena Noticia...

Entonces comprendieron, quizá sin comprender del todo: ¡es el Señor, y nos trae la Buena Noticia! Y sucede en sus corazones lo que ya les había dicho que pasaría: «Dentro de poco ya no me veréis, pero dentro de otro poco me volveréis a ver» (Jn 16, 16); y lo que dijo un poco después: «Ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (Jn 16, 22).

Y es necesario y urgente que entendamos esta última frase de Jesús como dirigida a nosotros hoy y ahora, porque en esto debemos fundamentar nuestra vida cristiana. Y nos ayudará igualmente escuchar lo que el Papa Francisco nos dice en su encíclica *Dilexit nos*, número 51:

Ese Cristo con el corazón traspasado y ardiente, es el mismo que nació en Belén por amor, es el que caminaba por Galilea sanando, acariciando, derramando misericordia, es el que nos amó hasta el fin abriendo sus brazos en la cruz. En definitiva, es el mismo que ha resucitado y vive glorioso en medio de nosotros.

Necesitamos, quizá hoy más que nunca, tomar conciencia de que Jesucristo, aquel a quien llevamos tres semanas contemplando, aquel que «tuvo» poder para entrar en la casa de Jerusalén con las puertas cerradas y mostrarse a sus discípulos, es el mismo que hoy está vivo entre nosotros, que nos ama, nos vivifica, nos sigue regalando su Espíritu Santo y su paz y, como a los once, viene continuamente a nosotros «para alegrar nuestro corazón» con una alegría que ya nadie nos puede quitar. Porque no se trata de un estado de ánimo, un sentimiento o una emoción, sino una constante que

no es otra cosa que la certeza de que está a nuestro lado y es un corazón vivo al que queremos consagrarnos.

Si Cristo ha resucitado, si ha vencido a la muerte, significa que ya tampoco nosotros estamos sometidos a su poder. Las puertas del cielo se han abierto para nosotros por Él, por su cruz y por su sangre y, sobre todo, por su resurrección. Y el Papa Francisco, en este año de la Esperanza nos dice que, después de la muerte, «está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. (...) ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices» (*Spes non confundit, n.21*)

Como diría san Ignacio de Loyola, no dejemos de pedir la «gracia para alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gracia de Cristo nuestro Señor» (Libro de ejercicios), pues es la alegría de la resurrección, alegría auténtica que nunca nos podrán arrebatar.

Propósito:

Jesús, enséñame hoy a transmitir a alguna persona triste el núcleo de la alegría cristiana: Cristo, con su resurrección, ya ha vencido al mundo y ha vencido en nuestra vida.

Jaculatoria:

Corazón de Cristo, lleno de alegría de la resurrección, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 22. Prendidos en el fuego

Oración a la Trinidad:

Padre de amor y de todo consuelo, derrama tu Espíritu Santo en mi corazón con su fuerza y con su luz, para que, encendiéndome en el fuego de tu mismo amor, forme en mí el Corazón de Jesucristo, tu Hijo.

Meditación:

Escuchemos, a continuación, el relato de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles el día de Pentecostés:

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. (Hch 2, 1-12)

El día de Pentecostés, el primero de la era cristiana que narra san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, es un momento crucial, y mucho más importante de lo que a veces podemos siquiera llegar a imaginar... En su discurso de despedida, durante la Última Cena, el Señor habló a sus discípulos de esto cuando les dijo «Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la Verdad» (Jn 14, 16-17) y, un poco más adelante, les tranquiliza diciéndoles que ese Espíritu les hará comprender lo que en aquel momento está fuera de su alcance entender: «El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (Jn 14, 26)(CIC 729).

En ese día de Pentecostés se produce, por fin, la consumación de la Pascua de Cristo: resucitado y divinizado por el Padre, Cristo Señor, desde el cielo, derrama profusamente su Espíritu, el «que procede del Padre y del Hijo» -como rezamos en el credo- y que ha sido definido como la “Persona-Amor” por ser el amor con que el Padre y el Hijo se aman; el Espíritu que se manifiesta, se da y se comunica como Persona Divina en su Cuerpo Místico que es la Iglesia. Es el alma de ese Cuerpo, es lo que Vivifica y da aliento a la Iglesia.

Tendríamos mucho, muchísimo que decir y comentar sobre el Espíritu Santo, pero nos centraremos en un aspecto que puede ayudarnos mucho en nuestro camino de consagración al Corazón de Jesús, apoyándonos en una enseñanza de san Juan de Ávila: «*¿Qué es Espíritu de Cristo? ¿Qué es darnos Cristo su Espíritu? Es darnos su corazón.*» (San Juan de Avila). Nos da su intimidad y sus sentimientos. ¡Nos da su amor! «*Para que el amor que me tenías esté en ellos, y Yo en ellos*» (Jn 17, 26). Amándonos nos da el Espíritu Santo, y ese Espíritu modela y forma en nosotros el Corazón de Jesús. Por eso entregarnos a Cristo es no poner obstáculos al Espíritu Santo.

Un último detalle del texto bíblico que hoy hemos escuchado y que quizá nos pueda ayudar, son las lenguas de fuego. Cuando el Espíritu aparece representado en el fuego, de lo que Dios nos quiere hablar es de la energía transformadora de la acción del Espíritu Santo (CIC 696). Y no es casualidad que la imagen que veneramos hoy del Sagrado Corazón sea «un corazón con llamas de fuego» (número 54), para representar el amor con que Jesucristo nos ama, habida cuenta que, como hemos dicho, el Espíritu Santo es el amor que el Padre y el Hijo se tienen y nos comunican para que esté en nosotros. Todo eso encierra un misterio hondo y precioso que el mismo Corazón de Jesús reveló a santa Margarita María, y que hoy el Papa Francisco ha querido retomar en su encíclica *Dilexit nos* (números 122 y 123) por ser aún de gran actualidad para nosotros, y de suma importancia para la Iglesia hoy:

[Santa Margarita María:] «Es preciso que el Divino Corazón de Jesús se sustituya de tal modo en lugar del nuestro, que Él solo viva y obre en nosotras y por nosotras (...)» En realidad, en el primer mensaje recibido por ella, presentaba esta vivencia de un modo más personal, más

concreto, lleno de fuego y de ternura: «Me pidió después el corazón, y yo le supliqué que lo tomase. Lo tomó e introdujo en su Corazón adorable, en el cual me lo mostró como un pequeño átomo, que se consumía en aquel horno encendido».

La consagración que estamos preparando de nuestro corazón al Corazón de Jesús, lejos de ser un hecho aislado o una especie de «adorno» en nuestra vida cristiana, es un compromiso de querer vivir a fondo nuestra relación con Jesucristo, y el deseo de llevar a plenitud aquello que el bautismo hizo en nosotros y nuestro pecado puede manchar y deteriorar. Que nuestra consagración sea un decirle cada día a Cristo que queremos que Él sea cada día más el corazón de nuestra vida, cada día más nuestro, y nosotros cada día más suyos. Que esa sea nuestra consagración, hecha por la fuerza del Espíritu Santo (Inspirada en una homilía del padre Luis M^a Mendizábal).

Propósito:

Jesús, ayúdame a tener presente al Espíritu Santo a lo largo del día, pidiéndole que inspire y sostenga todas mis decisiones y acciones, para que sea Él realmente el que guíe mi vida.

Jaculatoria:

Corazón de Jesús, enciende mi corazón en las llamas de amor del tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 23. Congregados y enviados

Oración a la Trinidad:

Padre eterno, que enviaste a tu Hijo para revelarnos tu amor incondicional y tu designio de salvación, derrama sobre nosotros tu Espíritu, que impulse a la Iglesia a llevar a todos los hombres la buena nueva de tu Evangelio, encendiéndolos en las ansias redentoras del corazón de tu Hijo.

Meditación:

Viendo todo lo que Jesús ha hecho por nosotros, viendo cuánto nos ha amado y regalado, hemos de preguntar al Señor qué quiere que hagamos por Él; escuchemos lo que dijo antes de ascender al cielo:

Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado pleno poder

en el cielo y en la tierra. Id, pues y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28, 16-20)

Cuando Jesús vuelve al Padre, nos lleva con Él, introduce su humanidad, nuestra humanidad, en el seno de la Trinidad. Con su resurrección y ascensión a los cielos, devuelve al hombre el gozar de esa comunión con la Trinidad que Adán perdió por el pecado.

¡Qué grande es su amor y su misericordia! Quiere que todos los hombres, todos, sin que se pierda uno solo, gocen del abrazo eterno de su amor. Su voluntad es que lleguemos a participar en la comunión que existe entre Él y el Padre en el Espíritu. Esto sucederá plena y definitivamente cuando vuelva en gloria y majestad en su segunda venida. Por eso tiene tanta paciencia y tarda en regresar, porque no se cansa de esperar y de darnos muchas oportunidades para que acojamos el amor que brota de su corazón traspasado.

Esa es la razón por la que deja a su Iglesia el encargo de la misión, por la que nos envía a anunciar su amor, el cual quiere encender al mundo en caridad. Nos dice el Papa Francisco en la *Dilexit nos*, número 215:

Él te envía a derramar el bien y te impulsa por dentro. Para eso, te llama a una vocación de servicio: harás el bien como médico, como madre, como docente, como sacerdote. (...) Él mismo nos dice: “Yo los envío” (Lc 10, 3). Esto es parte de la amistad con Él. Por eso, para que esa amistad madure, hace falta que te dejes enviar por Él a cumplir una misión en este mundo, con confianza, con generosidad, con libertad, sin miedos. Si te encierras en tus comodidades, eso no te dará seguridad, siempre aparecerán temores, tristezas, angustias. Quien no cumple su misión en esta tierra no puede ser feliz, se frustra. Entonces, mejor, déjate enviar, déjate conducir por Él adonde Él quiera. No olvides que Él va contigo. (...) Él lo prometió y lo cumple: «Yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo». (Mt 28, 20)

Tenemos que ser muy agradecidos con Jesús. Cuántas gracias hemos de darle por la Iglesia, su Esposa. Él nos la regala como madre que nos engendra en la fe, y ha hecho de ella un sacramento universal de salvación. Cuánta ha de ser nuestra gratitud por tantas personas que han sido cauce para que le conozcamos y podamos amarle. ¿Cómo no agradecerle por quienes, dóciles a su inspiración, se han dejado enviar como Él se dejó enviar por el Padre, para que muchos lleguen al conocimiento de la verdad y se salven? ¿Cómo no mostrarle nuestro agradecimiento ante su deseo de que colaboremos con Él en la obra de la Redención para que el mundo tenga vida? El Señor, a través de su Espíritu Santo, que brota de la herida de su corazón, conduce a la Iglesia y nos mueve por los caminos de la misión.

Con los sentimientos del Corazón de Cristo, pidamos al Señor que derrame este Espíritu de amor que devuelva a la Iglesia la unidad. Porque por el amor que nos tengamos unos a otros, muchos creerán. El anuncio del Evangelio necesita de la unidad de la Iglesia. Por eso hemos de encendernos en su corazón, porque solo el fuego de su amor destruirá toda división, toda disensión y todo obstáculo que impida la misión. Si se lo pedimos de verdad, el Señor infundirá en nosotros su aliento de vida, ese Espíritu que unificará todo en nuestro corazón y nos hará instrumento y cauce a

través del cual muchas personas le conocerán; seremos evangelios vivientes, ese evangelio que, quizá, sea el único que muchos lleguen a leer.

El mundo, la Iglesia, necesitamos las gracias y los tesoros inagotables de su Corazón abierto: de Él recibimos su amor, su Espíritu Santo que nos impulsa a evangelizar y a proclamar, no solo con la palabra sino con la vida, que tenemos un Dios que es amor.

Propósito:

Jesús, hazme crecer en comunión contigo, porque la fecundidad de todo apostolado depende de mi unión vital con tu Corazón, y aviva mi ardor apostólico para acercar a alguien a ti con mi palabra o ejemplo.

Jaculatoria:

Jesús, fuente de unidad y salvación de los hombres, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 24. Prolongar su amor en los hermanos

Oración a la Trinidad:

Dios, Padre de todos, que en tu Hijo Jesucristo nos has hecho hermanos, permíteme ser canal del Espíritu Santo para que tu amor llegue a través de mi corazón a todos tus hijos, especialmente los más necesitados.

Meditación:

Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme». Entonces los justos le contestarán: «Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». Y el rey les dirá: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». (Mt 25, 31-45)

Dice san Juan de la Cruz que al atardecer de la vida nos examinarán del amor, pero no nos dice que el contenido del examen nos es desvelado en este texto de san Mateo en el que Jesús, como buen maestro, predica y enseña con el ejemplo y, por tanto, reclama lo que Él vive. Pensándolo bien, Jesús es verdaderamente el bendito del Padre que nos da de comer (no cualquier alimento sino Él mismo), nos visita, nos sana, nos libera... Él va siempre por delante y nos pide que hagamos lo mismo con los demás... y no sólo eso, cualquier acto de caridad hacia el prójimo, por pequeño que sea, lo agradece y recompensa porque —así lo dice—, se lo hacemos a Él.

Escuchar estas palabras de Jesús, barruntar el amor que se encierra en su Corazón es abrumador. Jesús nos ama como es amado por el Padre. Y no sólo eso. Como el Padre y Él son uno, Él y cada uno de nosotros somos uno con Él, y no solo porque le pertenecemos, o porque nos haya comprado con su sangre, sino porque somos miembros de su Cuerpo, vida de su Vida. Por eso le afecta verdadera y realmente lo que nos pasa, porque vive lo que cada uno vive. Si no, que se lo digan a Saulo cuando oyó: «¿Por qué me persigues?» cuando iba a la captura de los suyos. Está claro: el prójimo y Jesús son uno.

Y si Jesús está en el prójimo, especialmente en el más necesitado, podremos volcar en ellos el amor que no le mostramos en su Pasión. Nosotros no estuvimos en el Calvario, no pudimos darle de beber, ni cubrir su desnudez, ni curarle las heridas, pero en cada uno de nuestros hermanos sufrientes se está completando su Pasión, en ellos está realmente Jesús. ¡Qué distinto suenan y resuenan ahora sus palabras: «A mí me lo hicisteis»!

Pidamos la gracia de aprender y de llegar a entender como Juan, aquel discípulo amado que reposó sobre el pecho de Jesús y penetró en su corazón, que «quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn, 4,20), y poder aplicar en nuestra vida lo que el Papa Francisco nos exhorta en su encíclica *Dilexit nos*, número 167:

Necesitamos volver a la Palabra de Dios para reconocer que la mejor respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos, no hay mayor gesto que podamos ofrecerle para devolver amor por amor.

Por esto nos estamos preparando para consagrarnos al Corazón de Jesús: porque queremos aprender a amar como Él lo espera, y para eso no podemos hacerlo de un modo distinto a como Él lo hace. Así lo captó santa Teresa de Lisieux que lo expresaba así: «Comprendí lo imperfecto que era mi amor a mis hermanas, y vi que no las amaba como las ama Dios. (...) Pero, sobre todo, comprendí que la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. (...) Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí. (...) Sí, lo sé: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a él, más amo a todas mis hermanas» (Santa Teresita del Niño Jesús, Historia de un alma)

Propósito:

Jesús, tú que tratabas a todos los que se acercaban a ti con misericordia, ayúdame a practicar alguna obra de misericordia en el día de hoy.

Jaculatoria:

Jesús, dame tu corazón para amarte en mis hermanos.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 25. Reparación por nuestro pecado

Oración a la Trinidad:

Padre Santo, Tú no eres indiferente a nuestra ingratitud, y has querido que tu Hijo eterno se encarnase para poder amarnos y ser amado con un corazón de hombre: danos tu Espíritu Santo para que nos enseñe a vivir toda nuestra vida como una ofrenda para reparar nuestros propios pecados y los de todo el mundo.

Meditación:

Llevamos ya recorridos muchos días en nuestro camino de preparación para la consagración al Corazón de Jesús. Hemos contemplado muy de cerca muchos aspectos de este Corazón; eso hace, casi inevitablemente, que crezca nuestra amistad y, proporcionalmente, también aumenta nuestra conciencia de la gravedad de cada una de las traiciones que hemos hecho a este buen Jesús, que lo ha dado todo para manifestarnos su amor incondicional y gratuito. Por eso aparece en nosotros el deseo de reparar. Es algo así como lo que debió experimentar la mujer pecadora de la que nos habla el Evangelio:

Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los unguía con el perfume. Volviéndose a la mujer, dijo a

Simón: «¿Ves a esta mujer? Tú no me ungieste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho». (Lc 7, 36-48)

¿Qué peso tendría en el corazón esta mujer que se arriesga a entrar en una comida privada, rompiendo con todas las barreras de la sociedad y se acerca a Jesús para pedirle perdón sin palabras? No lo podemos saber, pero sí podemos intuir que de alguna manera ella entendió que podía hacer algo al respecto; el daño provocado por su pecado no tenía por qué tener la última palabra. Por eso se deshizo en actos de amor disparatados. Quizá los demás no, pero Jesús sí lo entendió, y manifestó claramente que su gesto no le era indiferente.

Esto es una gran verdad: ¡Nada le es indiferente al Corazón de Jesús! Así lo entiende santa Margarita María cuando Jesús se le manifiesta. Ella ve su *Corazón rodeado por una corona de espinas, que significa los pinchazos hechos en Él por nuestros pecados* (Segunda revelación a Santa Margarita María de Alacoque, Julio 1674).

Ciertamente, al contemplar una imagen del Sagrado Corazón y ver en ella la herida del costado y la corona de espinas, comprendemos más fácilmente que nuestros pecados verdaderamente hieren al Señor. Por un lado, porque le duele vernos rechazar el amor del Padre, y por otro porque para poder devolvernos la vida, él tiene que cargar dolorosamente con las consecuencias de nuestros actos. Todos podríamos escuchar dicho a nosotros de labios de Jesús lo que escuchó una santa: «Yo no te he amado en broma» (Santa Ángela de Foligno). Esto hace brotar en nuestro corazón el arrepentimiento y el deseo de enmienda y de reparación.

Nos dice el Papa Francisco en la encíclica *Dilexit nos*, número 151:

La herida del costado, de donde brota el agua viva, sigue abierta en el Resucitado. Esa gran herida producida por la lanza, y las llagas de la corona de espinas que suelen aparecer en las representaciones del Sagrado Corazón, son inseparables de esta devoción. Porque en ella se contempla el amor de Jesucristo que fue capaz de entregarse hasta el fin. El Corazón del Resucitado mantiene estas señales de la entrega total que implicó un intenso sufrimiento por nosotros. Por eso resulta de algún modo inevitable que el creyente desee reaccionar, no solamente frente a ese gran amor, sino también ante el dolor que Cristo aceptó soportar por tanto amor.

¡Cómo no vamos a desear reaccionar ante tanto amor! Y aunque no tenemos nada que ofrecer para compensar por nuestros pecados, ni siquiera un frasco de perfume carísimo que poder quebrar ante Él, ni mucho menos una garantía de no recaer en los mismos errores, sabemos que el simple hecho de volver al Señor con un corazón sinceramente arrepentido, con el deseo auténtico de no volver a alejarnos de Él, y la pobre ofrenda de nuestro dolor por haberle ofendido, le consolarán más que ninguna otra cosa.

Podemos hacerlo así en un momento de oración ante el Señor Sacramentado o ante una imagen de su Sagrado Corazón: ir recordando lentamente esas ofensas con las que le hemos herido e ir pidiéndole perdón por cada una de ellas, sabiendo que por cada falta de la que nos arrepentimos, será como quitar de su Sagrado Corazón una de esas espinas que tiene clavadas.

Lo único que puede reparar el Corazón herido del Señor es el amor; por tanto,

entreguémosle nuestro pobre y frágil amor para que en él se consuele. Una prueba de este amor será nuestra consagración a su Corazón.

Propósito:

Enséñame, Jesús, a reaccionar ante tu gran amor y ante el dolor tan grande que padeciste por mí en la cruz, esforzándome en reparar cada pequeña ofensa o falta de amor de este día.

Jaculatoria:

Jesús, de Corazón herido, recibe mi pobre amor en reparación.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 26. Sentido social de la reparación

Oración a la trinidad:

Padre de todos, que nos has hecho hijos tuyos en Cristo, envía tu Santo Espíritu para que mi corazón se abra a la acción de tu Palabra y puedas formar en él los sentimientos del Corazón de tu Hijo Jesucristo.

Meditación:

Para poder entender lo que supone nuestro pecado y las consecuencias y alcance que puede tener a nuestro alrededor, escuchémoslo de boca del mismo Señor:

«Es imposible que no haya escándalos; pero ¡ay de quien los provoca! Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar. Tened cuidado. Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo; si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: «me arrepiento», lo perdonaras». (Lc 17, 1-4)

Son tremendas y muy exigentes las palabras de Jesús; y no sería de extrañar que los apóstoles quedaran desconcertados ante estas palabras del Maestro. Si es imposible que no haya escándalos, si no está en nuestra mano el evitarlos, ¿cómo puede ser tan duro el castigo?

Quizá el problema está exactamente en que nuestra razón, afectada por el pecado, tiene esta tendencia a desconfiar del Señor. Y es que nos cuesta mucho comprender que Dios no está detrás de nosotros castigándonos, sino que nuestros actos tienen sus

consecuencias. En este sentido, nuestro pecado se parece más a una piedra lanzada a un lago en calma: no solo queda perturbada la superficie de agua sobre la que cae la piedra, sino que las ondas que esta provoca se irán expandiendo más y más lejos, afectando a una enorme superficie del lago.

De igual manera, nuestro pecado hiere el Corazón de Jesús e, indiscutiblemente, nos hiere a nosotros mismos, pero no podemos ignorar que todo pecado dañará a otros. El escándalo del que nos habla el Señor es un peligro grande, ya que consiste en obstaculizar el camino de salvación de nuestros hermanos alejándolos de Dios y del bien, ponerles en tentación o hacerles pecar.

Por ello, es urgente tomar conciencia de esta realidad, para hacernos también conscientes de nuestra responsabilidad: del mismo modo que podemos destruir con nuestro pecado, el Señor nos pide que reparemos nuestros propios pecados y los de nuestros hermanos, y nos llama a colaborar con Él en la edificación de un mundo mejor, de la civilización del amor de la que tanto habló san Juan Pablo II, que no es otra cosa que su Reino. Y esta es la invitación y reto que nos lanza el Papa en la encíclica *Dilexit nos*, número 182:

Junto con Cristo, sobre las ruinas que nosotros dejamos en este mundo con nuestro pecado, se nos llama a construir una nueva civilización del amor. Eso es reparar como lo espera de nosotros el Corazón de Cristo. En medio del desastre que ha dejado el mal, el Corazón de Cristo ha querido necesitar nuestra colaboración para reconstruir el bien y la belleza.

Pero estos actos, *«para que sean eficazmente reparadores, requieren que Cristo los impulse, los motive, los haga posibles»* (*Dilexit nos*, número 184) y este participar de la misión de Cristo en nuestro mundo de hoy, no puede hacerse si no es desde su propio corazón, *«exige una mística, un alma, un sentido que le otorgue fuerza, empuje, creatividad incansable; necesita la vida, el fuego y la luz que proceden del Corazón de Cristo»*, lo que implica que nuestra vida sea transparencia de su misma vida. Esto no es ausencia de pecado, cosa que sería imposible, sino el reconducir cada día nuestra vida al amor misericordioso de Dios. Así nos lo enseñó Benedicto XVI: *«Nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría»* (*Spes salvi*, n. 47)

Quizá el mayor bien siempre a nuestro alcance sea el acogernos a la misericordia de Dios cuando caigamos, y el practicarla con los hermanos cuando nos veamos ofendidos. Precisamente, en el marco del Año jubilar de la Esperanza que estamos celebrando, el Papa nos invita, hablando de las indulgencias, a *«descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios»*, y sigue diciendo que *«no sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites»* (*Spes non confundit*, n. 23).

Cada vez que perdonamos o damos ocasión de perdonar en la Iglesia, se manifiesta el amor misericordioso de Dios; esto es: su ser todopoderoso.

Propósito:

Jesús, enséñame a aprovechar toda ocasión para poner amor y misericordia donde haya destrucción por el pecado, propio o ajeno.

Jaculatoria:

Corazón de Jesús, constructor misericordioso, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 27. Reparar los corazones heridos

Oración a la Trinidad:

Padre compasivo, que haces nuevas todas las cosas y me has dado a tu Hijo como reparador de todas mis faltas (Santa Margarita María de Alacoque, Consagración); te ruego que, acogiendo tu Espíritu Santo, pueda devolverle amor por amor, sanando las heridas que he causado a mis hermanos.

Meditación

Jamás ha habido un santo indiferente a las heridas de los corazones de sus hermanos. Jesucristo ha venido a buscar a esos heridos, a sanar a esos heridos, a recomponer a esos heridos... Y a veces las manos con las que tiene que alzar del polvo al pobre y desvalido son las nuestras. Precisamente para eso se las queremos consagrar, porque a veces, como nos narra el Evangelio, hay quien piensa que no tiene a nadie que pueda ayudarle a caminar hacia la sanación:

Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: «¿Quieres quedar sano?». El enfermo le contestó: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». (Jn 5, 2-8)

Al meditar sobre este Evangelio no es difícil reparar en que la mayor enfermedad de este paralítico, que lleva treinta y ocho años enfermo, quizá no sea tanto su

incapacidad para andar, sino la desesperanza que ha anidado en su corazón llenándolo de amargura y resentimiento: ¡aquí está la gran herida! Esto es lo que el parálitico expresa cuando grita: **¡no tengo a nadie!** Tan seguro está de no tener a nadie, que ni siquiera contesta cuando Jesús le pregunta si quiere quedar sano. No se plantea la salud corporal, porque su corazón ya está enfermo de desesperanza, de sentirse solo, de considerarse huérfano.

Decía santa Teresa de Calcuta que «La mayor enfermedad hoy día no es la lepra ni la tuberculosis sino más bien el sentirse no querido, no cuidado y abandonado por todos. El mayor mal es la falta de amor y caridad, la terrible indiferencia hacia nuestro vecino que vive al lado de la calle, asaltado por la explotación, corrupción, pobreza y enfermedad».

Hay muchos corazones heridos porque se experimentan víctimas de los que efectivamente a veces podemos ser indiferentes ante tantos dramas humanos. Pero quizá tendríamos que preguntarnos si los más heridos, los enfermos de más gravedad no son los corazones capaces de pasar junto a ese indigente, junto a ese enfermo incurable, junto al que está tirado en la cuneta de la vida, junto al estigmatizado por algún motivo... sin que algo les mueva a tenderle una mano, capaces de mirar hacia otro lado y seguir su camino sin sentir que nada tenga que ver con ellos la desgracia de ese prójimo al que no sienten como tal.

Sin embargo, ¿no será una quimera el pensar que no tenemos responsabilidad en la desgracia de tantos hermanos que sufren? «Cada día se nos ofrece una nueva oportunidad, una etapa nueva. No tenemos que esperar todo de los que nos gobiernan, sería infantil. Seamos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas. Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos» (Papa Francisco, *Fratelli tutti*, n.77).

Nos insiste el Papa en *Dilexit nos*, número 185:

No le basta al mundo, ni al Corazón de Cristo, una reparación meramente externa. Si cada uno piensa en sus propios pecados y en sus consecuencias en los demás, descubrirá que reparar el daño hecho a este mundo implica además el deseo de reparar los corazones lastimados, allí donde se produjo el daño más profundo, la herida más dolorosa.

Como también nos enseñaba el Papa Benedicto XVI: «Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo. Es el amor lo que alivia los corazones heridos, solitarios, abandonados. Es el amor lo que crea la paz o la restablece en el corazón humano y la instaure entre los hombres».

Reparemos el Corazón de Jesús herido en nuestros prójimos y reparemos la herida de nuestro mundo amando con el Corazón de Cristo.

Propósito:

Jesús, concédeme la gracia de adorarte hoy en la Eucaristía, reparando con mi

compañía y amor tu Corazón que ahí late, y buscar contigo la manera de sanar las heridas concretas que he causado.

Jaculatoria:

Jesús, con corazón de Buen Pastor, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 28. El perdón

Oración a la Trinidad:

Padre de perdón y misericordia, colma mi corazón con la abundancia de tu Espíritu Santo para que se impriman en mí los sentimientos del Corazón de tu Hijo, Jesucristo, y aprenda a perdonar y pedir perdón de todo corazón.

Meditación:

Para meditar sobre el perdón, vamos a apoyarnos en una de las parábolas más conocidas y hermosas del Evangelio: la parábola del «hijo pródigo». Pero, por ser sobradamente conocida, escucharemos solo aquellas frases que más nos ayuden a la meditación de esta jornada:

«Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». (...) Juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. (...) Y empezó a pasar necesidad. (...) Se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos, (...) pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre». (...) Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas. (...) «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo». (...) «Comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado». (Lc 15 11-31)

«Dios, rico en misericordia (Ef 2,4), es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre», es la frase con la que comienza la carta encíclica de san Juan Pablo II sobre la Misericordia Divina. Y en esa carta, continua el santo citando al Señor cuando responde a uno de sus discípulos: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9), dándonos a entender que la misericordia es, como en realidad sabemos, uno de los

principales atributos del Corazón de Cristo. Por ello, no podemos dejar de meditar sobre el tema del perdón en sus dos vertientes, ya que el corazón que de veras se entrega a Jesucristo debe ser, como el del Señor, misericordioso para perdonar siempre y, desde luego, siempre presto a pedir perdón.

No en vano, cuando rezamos el Padrenuestro, la oración que Jesús nos enseñó, decimos:

«Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Y esta es una enseñanza muy seria y clara: al que no perdona, no se le perdonará. ¿No decíamos que el Señor es misericordioso siempre? Desde luego. Y es que no depende tanto de Él como de nosotros: si cerramos nuestro corazón negándonos a perdonar, estamos cerrando nuestro corazón al amor, haciéndolo impermeable al amor misericordioso del Padre. (CIC, n. 2840)

En esta misma línea, el Papa Francisco, en la encíclica *Dilexit nos* (n. 188), expone con mucha claridad:

*No se debe pensar que el reconocimiento del propio pecado ante los demás es algo degradante o dañino para nuestra dignidad humana. Al contrario, es dejar de mentirse a sí mismo, es reconocer la propia historia tal cual es, marcada por el pecado, especialmente cuando hemos hecho daño a los hermanos: “Acusarse a sí mismo es parte de la sabiduría cristiana. [...] Esto le gusta al Señor, porque el Señor recibe el corazón contrito”.*³

San Ireneo, gran teólogo del siglo II, explicaba que Jesús «recapituló en sí mismo la larga historia de la humanidad procurándonos en su propia historia la salvación de todos, de suerte que lo que perdimos en Adán, es decir, el ser imagen y semejanza de Dios, lo recuperamos en Cristo Jesús». Y el pedir perdón es un elemento esencial en la restauración de nuestro corazón, ya que nos conduce a la sanación interior que permite recuperar nuestra dignidad. Y esto es lo que, con toda claridad, podemos apreciar en el momento de la reconciliación entre el padre y el hijo de la parábola que escuchábamos al principio: «*Aquél que perdona y aquél que es perdonado se encuentran en un punto esencial, que es la dignidad, es decir, el valor esencial del hombre que no puede dejarse perder y cuya afirmación o cuyo reencuentro es fuente de la más grande alegría*» (San Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, n. 14)

Y dice también el Santo Padre en su última carta encíclica, *Dilexit nos*, n. 187:

La reparación, para ser cristiana, para tocar el corazón de la persona ofendida y no ser un simple acto de justicia conmutativa, presupone dos actitudes exigentes: reconocerse culpable y pedir perdón.

El corazón que perdona vuelve a abrirse al amor y a la esperanza, y puede recobrar la paz, incluso aunque el daño o la herida que se le ocasionó no sean completamente reparables, ya que «perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas» (*Spes non confundit*, n. 23)

Por su parte, el corazón que aprende a pedir perdón y es capaz de compungirse,

experimentará que su corazón va cada día asemejándose más y más al Corazón de Jesucristo, ya que «en vez de enfadarse o escandalizarse por el mal que cometen los hermanos, llora por sus pecados. No se escandaliza. Se realiza entonces una especie de vuelco, donde la tendencia natural a ser indulgentes consigo mismo e inflexibles con los demás se invierte y, por gracia de Dios, uno se vuelve severo consigo mismo y misericordioso con los demás.»

Propósito:

Jesús, enséñame a pedir perdón lo antes posible, ante cada falta que cometa; y, ante cualquier ofensa, la gracia de perdonar sin resistirme.

Jaculatoria:

Jesús, de Corazón infinitamente misericordioso, haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 29. Consagración, ofrenda al amor.

Oración a la Trinidad:

Padre santo, ya que comencé este camino de preparación a la consagración inspirado por tu Espíritu Santo, haz que por la acción de ese mismo Espíritu y en Él, mi corazón se configure cada día más con el Corazón de tu Hijo, por quien quiero ofrecerte mi vida y persona.

Meditación:

Nos ayudará, en este día, volver a escuchar una hermosa página del Evangelio de san Juan: la triple confesión de Pedro a Jesús resucitado, en el lago de Tiberíades:

Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?» Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Él le contesta:

«Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas». (Jn 21, 15-19)

Llegando ya a los últimos días, queremos dedicar una jornada a reflexionar sobre la consagración, para hacernos más conscientes de que el fin no es otro que la entrega de uno mismo al Señor **por amor y para amar**. Para entender esto, nos puede ayudar una definición muy sencilla que dio Benedicto XVI (Homilía misa crismal, 9 de abril 2009): «Consagración es, pues, un sacar del mundo y un entregar al Dios vivo. La cosa o la persona ya no nos pertenece, ni pertenece a sí misma, sino que está inmersa en Dios. Un privarse así de algo para entregarlo a Dios, lo llamamos también sacrificio: ya no será propiedad mía, sino suya». Y todo esto no puede ni debe tener otro origen que la gratitud que nace de haber experimentado el amor infinito que Dios nos tiene y el haber llegado a comprender que es ese amor lo que llevó a Jesucristo a dar su vida en la cruz por cada uno de nosotros; recogiendo la experiencia de san Pablo, diríamos con él: “*Me amó y se entregó por mí*”. (Ga 2, 20)

Veíamos, días atrás, que surge en nosotros, en el corazón amante y enamorado, la necesidad de reparar el daño infligido, las heridas causadas, y hemos escuchado la invitación del Papa a dejarnos convertir en instrumentos del Corazón de Jesús para que su amor pueda llegar a los confines del mundo hoy... El Santo Padre, en la *Dilixit nos*, nº 193, resume así la reparación que el Corazón de Jesús pide hoy:

Nuestra confianza y la ofrenda de nosotros mismos abre un espacio, ofrece un canal libre de

obstáculos al derramamiento de su amor. Nuestro rechazo o nuestra indiferencia limitan los efectos de su poder y la fecundidad de su amor en nosotros. Si él no encuentra en mí confianza y apertura, su amor se ve privado —porque él mismo así lo ha querido— de su prolongación en mi vida que es única e irrepetible, y en el mundo donde él me llama a hacerlo presente.

Confianza y apertura: estas son las claves para que nuestra consagración sea según el deseo del Corazón de Jesús. Y, para ahondar en este misterio, el Papa Francisco dirige nuestra atención nuevamente a la figura de santa Teresa del Niño Jesús que, con su intuición espiritual, descubrió lo mismo que hoy nos propone a nosotros: «¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón?» Y así, de esta oración, nace lo que será su «acto de ofrenda al Amor misericordioso», en el que dice: «Me ofrezco como víctima de holocausto a tu Amor misericordioso, y te suplico que me consumas sin cesar, haciendo que se desborden sobre mi alma las olas de ternura infinita que se encierran en ti, y que de esa manera llegue yo a ser mártir de tu amor, Dios mío».

En santa Teresita, esta experiencia del amor de Cristo, y su consiguiente deseo de devolver amor por amor, ha definido su vocación de una manera especialísima que a ella misma causará gran confusión pues, siendo monja de clausura, se sentía llamada a todas las vocaciones de la Iglesia: «Siento en mí la vocación de sacerdote. (...) Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores. (...) Tengo vocación de apóstol. (...) Quisiera ser misionero no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos. (...) Quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre... ¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... [y terminará diciendo] ¡Mi vocación es el amor...! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!»

En el evangelio que meditamos en el día de hoy, encontramos a Pedro, que después de haber negado por tres veces al Señor, confesaba su amor, no ya desde la seguridad de su orgullo, sino desde la conciencia de su pequeñez que apela a la infinita misericordia del Corazón del Señor. Santa Teresa del Niño Jesús dirá expresamente: «No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecirme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús! (...) Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada... Lo sé, Jesús, el amor sólo con amor se paga. Por eso he buscado y hallado la forma de aliviar mi corazón devolviéndote amor por amor.»

Que nuestra consagración sea, como la de san Pedro y santa Teresita, una ofrenda al amor de nuestra pequeñez y pobreza, para que más brillen su misericordia y su gloria.

Propósito:

Jesús, enséñame a no dejar pasar ninguna «pequeñez» que pueda ofrecerte, para que a través de mí puedas manifestar tu amor a mis hermanos.

Jaculatoria:

Corazón de Jesús, que amas mi pequeñez y pobreza, enséñame a amarla como Tú la amas.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

Día 30. Cauces para enamorar al mundo

Oración a la trinidad:

Padre misericordioso, envíanos tu Santo Espíritu, agua viva que brota de la herida abierta en el costado de tu Hijo amado, Jesucristo, para que nuestro corazón se encienda en las llamas de su amor.

Meditación:

El Señor nos invita a ser cauces del amor de su corazón, para extender su reinado en todos los corazones:

El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí»; como dice la Escritura: «de sus entrañas manarán ríos de agua viva». (Jn 7, 37-38)

«Todos deseamos acercarnos a esta fuente de agua viva. Todos deseamos beber del corazón divino, que es fuente de vida y de santidad. Acercarse a la fuente quiere decir alcanzar el principio. No hay en el mundo creado otro lugar del cual pueda brotar la santidad para la vida humana, fuera de este corazón, que ha amado tanto. “Ríos de agua viva” han manado de tantos corazones... y ¡manan todavía! De ello dan testimonio los santos de todos los tiempos» (San Juan Pablo II, *Ángelus*, 10-08-1986).

El gran acierto de nuestra vida es entender que la santidad que anhelamos no es una «creación» nuestra, algo que pueda brotar como por generación espontánea. La clave de esos corazones que vemos «manar» es haber entendido que son simplemente cauces que han sabido reconocer su sed, la sed profunda que todos llevamos dentro, y se han decidido a escuchar la invitación del Maestro y se han acercado a la fuente de la que pueden nutrirse para hacer llegar esa agua viva a los demás.

Como dice san Agustín: «Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, mi vida será realmente viva, llena toda de ti. Tú, al que llenas de ti, lo elevas», prestándole las alas de la fe y del amor.

La consagración al corazón de Cristo hace precisamente esto: unir nuestro cauce al verdadero manantial.

Según la promesa de Jesús, se realizará una alianza de corazones y las riquezas de su Divino Corazón suplirán nuestras impotencias, pobrezas y debilidades; incluso se servirá de ellas.

Dice san Juan de la Cruz: «Si el alma busca a Dios, mucho más le busca su amado a ella». Es el Señor quien lo hará todo, pero a la vez, nos pide el esfuerzo diario de mantener libre nuestro cauce, hacer espacio a su amor, no permitir que nada lo obstruya, cuidándolo con actos de fe, fortaleciendo nuestra amistad en la oración, en los sacramentos, aprendiendo de su Palabra.

Nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*, número 205:

Un corazón humano que hace espacio al amor de Cristo a través de la confianza total y le permite expandirse en la propia vida con su fuego, se vuelve capaz de amar a los demás como Cristo, haciéndose pequeño y cercano a todos. Así Cristo sacia su sed y difunde gloriosamente en nosotros y a través de nosotros las llamas de su ardiente ternura.

¿Por qué sufre sed el Corazón de Jesús? Porque está a la puerta de muchos corazones llamando, para que conozcan la verdadera felicidad que solo su amor puede darles... Busca más corazones con los que poder establecer una verdadera alianza de amor.

Él nos pide permiso para expandirse en nuestra vida y quiere servirse de nosotros para hacer llegar al mundo su ardiente ternura.

Para ser cauce de su amor misericordioso, hemos de contemplarle volcado en los que más sufren y ser fuente de consuelo, levantando la mirada más allá de nosotros mismos; hemos de ver cómo sus manos, reparten el pan, sirven, lavan los pies de sus discípulos, tocan las heridas... e imitarle, no reservándonos intentando alejarnos de la lepra de nuestro prójimo; hemos de escuchar como Él, estando atentos al grito del que pide socorro, librándonos para ello de tanto ruido y activismo; hemos de unirnos a su oración compartiendo su dolor con el Padre por el vivo deseo de que no se pierda ni una de las ovejas que se le han confiado. Para ello, nuestro tiempo ha de dejar de ser «nuestro» y hemos de entregárselo, intercediendo por tantos hombres y mujeres que tienen sed de Dios, comprendiendo que *cuando se ama al prójimo, el primer fruto de este amor es empobrecerse para llevarle alivio*. Entonces nos convertimos en cauce fecundo para el mundo.

Ojalá el camino de preparación para nuestra consagración al Corazón de Jesús, que hoy culminamos, nos haya servido de escuela para aprender de Él a amar, teniendo en nosotros sus mismos sentimientos (Flp 2,5) para poder *percibir los desafíos del mundo con los ojos de Jesucristo, para movilizarnos en docilidad al Espíritu Santo, a través de la oración y el servicio, convirtiéndonos en apóstoles, al escapar de la globalización de la indiferencia, y ampliar nuestro corazón hacia una misión de compasión por el mundo* (Frédéric Fornos S.I. *El camino del Corazón*, L'Osservatore Romano, 10 de enero de 2025)

Propósito:

Jesús, ayúdame a pensar cómo actuarías en cada instante de hoy para ser tus manos, tus ojos, tu oído y, sobre todo, tu corazón para las personas que se crucen conmigo.

Jaculatoria:

Jesús, fuente de salvación para todos, haz mi corazón cauce de tu amor.

Oración final

Pongamos nuestro camino de consagración en el regazo de nuestra madre, la Virgen María:

María, madre nuestra, tú fuiste y sigues siendo la puerta por la que Jesucristo, Verbo de Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Tu fe silenciosa custodió los primeros latidos de su corazón de carne; tu amor de madre lo protegió en la vulnerabilidad que abrazó al hacerse hombre; tu corazón inmaculado supo armonizar tu *Fiat* con el suyo, sosteniéndolo desde Belén hasta el Calvario. Acoge nuestro deseo de consagrarnos al Corazón de Jesús como lo hiciste tú. Enséñanos a hacer en cada momento lo que Él nos diga, y ayúdanos a custodiar la Palabra con fidelidad, para que podamos consumir la alianza: que Él viva en nosotros y nosotros en Él, convirtiéndonos en cauces de su amor para el mundo. Amén.

ORACIÓN DE CONSAGRACIÓN

(Santa Margarita María de Alacoque)

Yo... entrego y consagro al Sagrado Corazón de Jesús mi persona y mi vida, mis acciones, trabajos y sufrimientos, para no servirme ya de ninguna parte de mi ser, sino para amarle, honrarle y glorificarle. Ésta es mi voluntad irrevocable: ser todo suyo y hacerlo todo por su amor, renunciando de todo corazón a cuanto pudiera desagradarle.

Te elijo, pues, ¡oh Sagrado Corazón!, por el único objeto de mi amor, protector de mi vida, garantía de mi salvación, remedio de mi fragilidad, reparador de todas mis faltas y mi asilo seguro en la hora de la muerte. Corazón lleno de bondad, justíficame ante Dios Padre y desvía de mí los rayos de su justa cólera.

¡Corazón de Amor!, pongo toda mi confianza en Ti, pues todo lo temo de mi debilidad, pero todo lo espero de tu bondad. Consume en mi todo lo que te pueda desagradar o resistir. Que tu amor se imprima en lo más íntimo de mi corazón de tal modo que jamás pueda olvidarte ni separarme de Ti.

Te suplico por tu bondad, que mi nombre esté escrito en Ti, porque toda mi felicidad es vivir y morir en calidad de esclavo tuyo. Amén.

350 años
JUBILEO DEL SAGRADO CORAZÓN